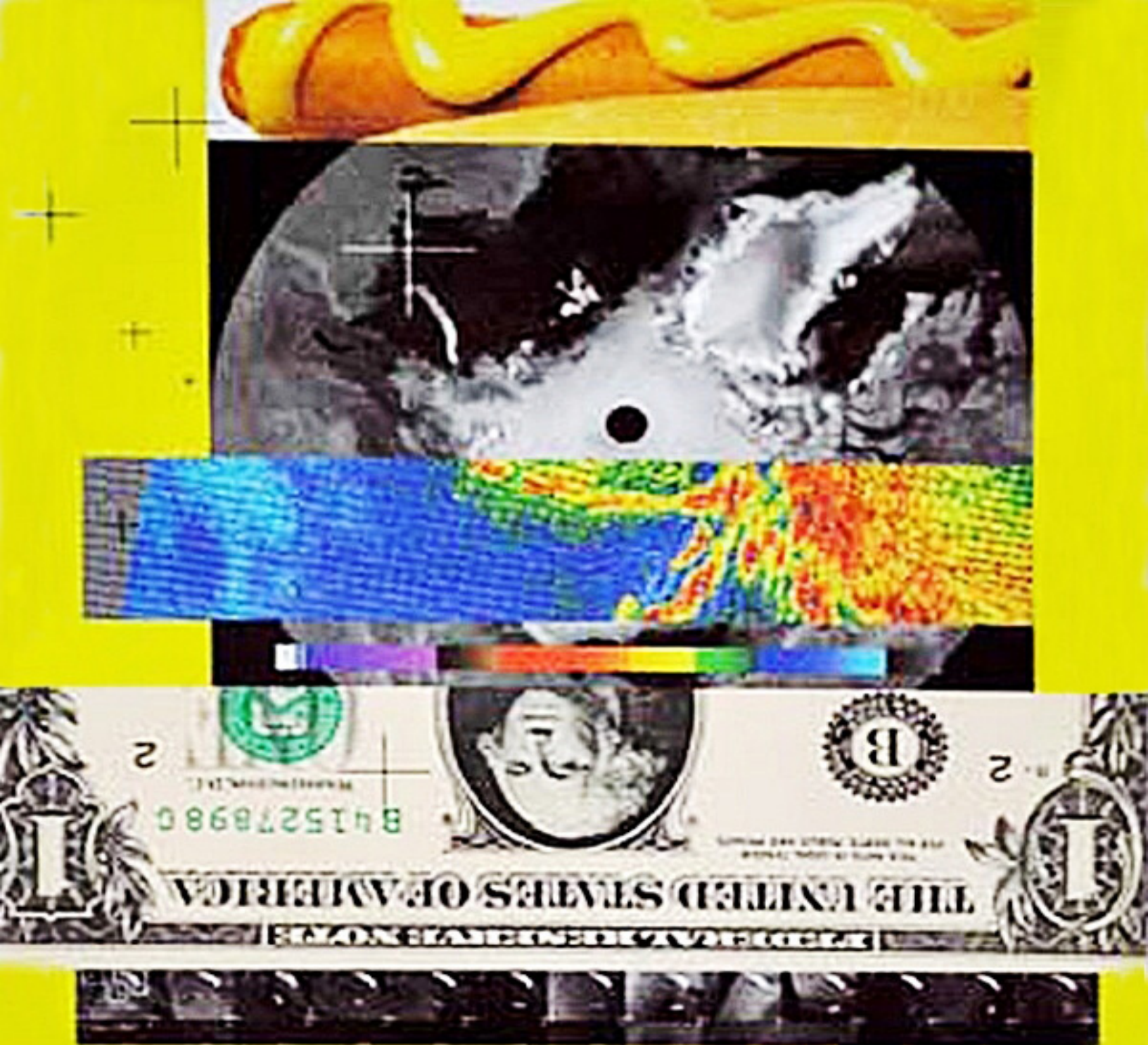




**Ignacio
Ramonet**
**La
catástrofe
perfecta**

de

El capitalismo experimenta, en promedio, una crisis grave cada diez años. Pero un sismo económico de la intensidad del “otoño negro” de 2008 sólo se produce una vez por siglo.

Sin embargo, ningún otro antes que éste había combinado una suma de amenazas cruzadas tan alarmantes. Todo el sistema financiero se hundió. Y una doctrina quebró: la del neoliberalismo, responsable de la desregulación de los mercados y la especulación desenfrenada de los últimos treinta años. Por si esto fuera poco, el huracán —primero inmobiliario y bancario, luego bursátil— se propagó rápidamente a todo el campo económico para convertirse en una tempestad industrial y, por último, social. Todo ello, en medio de una atmósfera global ya viciada por una triple crisis: energética, alimentaria y climática. Y en un contexto geopolítico marcado por el debilitamiento de la hegemonía estadounidense y el creciente poder de China.

La convergencia y la confluencia de todas estas tensiones, en el mismo momento y en todo el planeta, convierten a este cataclismo en una catástrofe perfecta.

Apoyándose en esclarecedores ejemplos de la actualidad, Ignacio Ramonet, director de *Le Monde Diplomatique* en español, describe cómo se pusieron en funcionamiento, metódicamente, desde hace varias décadas, los elementos (ideológicos, políticos y económicos) que facilitaron la explosión de esta crisis. Explica el funcionamiento preciso de los mecanismos que han dado lugar al crac y analiza las eventuales consecuencias —sociales y geopolíticas— que podría traer aparejadas. Y propone la adopción de una serie de medidas concretas para refundar la economía sobre bases más justas y democráticas.



Ignacio Ramonet

La catástrofe perfecta

ePub r1.0

Titivillus 09.05.16

Título original: *Le Krach parfait*

Ignacio Ramonet, 2009

Traducción: Gabriela Villalba

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





A Laurence

BURBUJA: aumento excesivo de los valores de los títulos que cotizan en los mercados bursátiles, que lleva necesariamente a un vuelco brutal («estallido de la burbuja»).

CRISIS: bloqueo de los mecanismos habituales de funcionamiento o de adaptación de la economía, que se produce en un sector de actividad o afecta aun sistema económico en su conjunto. Los sectores económicos afectados o la economía global no pueden sortear esta dificultad sin verse transformados.

CRAC: derrumbe repentino de las cotizaciones bursátiles.

Del *Dictionnaire de l'économie*, Pierre Bezbakh y Sophie Gherardi (eds.),
París, Larousse-LeMonde, 2000

ÍNDICE

Introducción

PRIMERA PARTE:
La crisis del siglo

SEGUNDA PARTE:
Los desafíos, los peligros,
las perspectivas

Bibliografía

INTRODUCCIÓN

Los sismos que sacudieron las bolsas y los bancos durante los «septiembre y octubre negros» del año 2008 precipitaron el fin de tilla era del capitalismo. El sistema financiero internacional fue sacudido como nunca. Peor que en 1929. Hubo quienes afirmaron que el mundo había pasado «a un milímetro del abismo, a un milímetro de la explosión atómica económica».^[1] Era falso. No había pasado a un milímetro: directamente se había hundido en la más terrible de las crisis sistémicas... Y el apocalipsis está lejos de haber terminado: la crisis se transformó en recesión global, la deflación es una amenaza y muy probablemente el mundo se encamine hacia una nueva Gran Depresión. Con su doloroso cortejo de destrucciones sociales.

El Estado y la política están de regreso. En todos los rincones del mundo, los gobiernos se reubican en primera línea. Retoman su función de actores protagónicos del campo económico, nacionalizan establecimientos financieros, realizan inyecciones de liquidez, multiplican los planes de reactivación. En suma, sustituyen al mercado defectuoso. Incluso la geopolítica internacional se encuentra perturbada.

En Estados Unidos, la crisis ya dio lugar a lo impensable: la elección de Barack H. Obama, un afroestadounidense, para la presidencia. Pero la tarea del nuevo presidente no será fácil. Porque la era Bush marcó el apogeo de la hegemonía mundial de Estados Unidos y porque, en definitiva, este hiperpoder ha resultado efímero y poco eficaz. Las guerras en Afganistán e Iraq demostraron que la

supremacía militar no se traduce automáticamente en victorias políticas.

El derrumbe de la Unión Soviética llevó a Estados Unidos a definir objetivos políticos universales en un mundo aparentemente unipolar —admite ahora Henry Kissinger, ex secretario de Estado—, pero esos objetivos tenían más de eslogan que de factibilidad estratégica [...] La crisis financiera forzaré a todos los grandes países a reexaminar su relación con Washington. [...] Estados Unidos deberá renunciar a su papel de tutor autoproclamado y probarlos límites de su hegemonía.^[2]

Además, el auge de China e India deja presagiar que los días de Estados Unidos como primera potencia económica mundial están contados. En otras palabras, Barack Obama tendrá que administrar, en medio de la crisis económica más grave de los últimos cien años, la «nueva decadencia» de su país. Lo cual resultará muy peligroso, porque las reacciones de un león herido siempre son imprevisibles, y porque «la historia demuestra que no hay nada bueno en esperar crisis; éstas dan a luz con más seguridad Hitlers o Stalins que Gandhis».^[3]

Es difícil esperar que la depresión económica mejore la suerte de la mitad de la humanidad que se reparte menos del uno por ciento de la riqueza mundial. Se prevén explosiones de cólera y violencia en el Sur del planeta, de cuyas repercusiones no escaparán los países ricos del Norte.

La crisis también otorga un pretexto ideal a los industriales productivistas para retrasar la puesta en práctica de medidas destinadas a reducir los gases de efecto invernadero. Lo cual acelerará el cambio climático, con sus consecuencias negativas.

Tal vez este crac no signifique el fin del capitalismo, que ya ha conocido otros y ha logrado reponerse. Pero sí señala el fin de la

economía desregulada, la culminación de una era: la del ultraliberalismo, el capitalismo mafioso y la globalización financiera, cuyas principales víctimas, en los países desarrollados, son las clases medias y los trabajadores. Por si esto no fuera poco, éstos van a pagar con sus impuestos y ahorros los planes de recuperación de un sistema bancario estimulado a fuerza de especulación y ahora enloquecido. Y cuya estocada final se dio el 11 de diciembre de 2008 con el arresto en Nueva York de Bernard Madoff, un corredor legendario, implicado desde hace cincuenta años en un gigantesco fraude piramidal calculado en unos 37.500 millones de euros... Mucha gente siente que el Estado la abandona mientras salva a banqueros culpables y los recompensa con escandalosos «paracaídas dorados». Esta sensación de injusticia ya desencadena furias masivas, como no se veían desde mucho tiempo atrás.

¿Acaso es casual que el 6 de diciembre de 2008 la juventud griega haya ocupado las calles de las principales ciudades al grito de «Balas para los jóvenes / dinero para los bancos», protestando contra la muerte de un adolescente asesinado por las fuerzas de policía? En este país alcanzado de lleno por la crisis actual, donde — como en otros estados de la Unión Europea— las privatizaciones golpean alas trabajadores del sector público, donde los funcionarios son víctimas de reducciones presupuestarias drásticas, donde la universidad, el sistema de pensiones y de salud están amenazados por la privatización y donde los salarios siguen estando congelados, [4] los enfurecidos jóvenes griegos expresaron su hartazgo frente a un modelo económico y social que un profesor denunciaba en estos términos: «Estamos hartos del deterioro de nuestras vidas».[5] Puesto que este mismo modelo está funcionando en el resto de la Unión Europea, ¿podemos descartar que se reproduzcan las protestas en otros países?

El sentimiento nacional en Estados Unidos —explica Moisés Naím, director de la revista *Foreign Policy*— es de linchamiento hacia «los ladrones de Wall Street» y de rechazo

«a los inmigrantes que nos quitan el trabajo, las multinacionales que exportan nuestros empleos a la India, los ricos que pagan pocos impuestos».^[6]

La crisis será larga. Se producirán inmensos sufrimientos sociales, que no deben ser en vano. Por eso, no habría que «desaprovechar» esta «ocasión», sino aprovechar el impacto para finalmente cambiar un sistema económico internacional y un modelo de desarrollo desiguales y obsoletos. Y refundarlos sobre bases más justas, más solidarias y más democráticas.

UNA REVOLUCIÓN

El derrumbe de Wall Street y su «efecto dominó» planetario pueden compararse, en la esfera financiera, con lo que significó la caída del Muro de Berlín para el campo geopolítico: un cambio de mundo y un giro copernicano. Esta debacle representa para el capitalismo lo que fue la caída de la URSS para el comunismo. El ensayista Emmanuel Todd lo confirma: «Vivimos un derrumbe del ultraliberalismo comparable con el del modelo comunista hace veinte años».^[7]

El economista Immanuel Wallerstein es más pesimista:

Hemos entrado en la fase terminal del sistema capitalista. Lo que diferencia esta fase de la sucesión ininterrumpida de ciclos coyunturales previos es que el capitalismo ya no logra formar sistema, en el sentido en que lo entiende Ilya Prigogine (1917-2003): cuando un sistema, biológico, químico o social, se desvía demasiado y con demasiada frecuencia de su situación de estabilidad, ya no va a lograr reencontrar el equilibrio, y asistimos entonces a una bifurcación. La situación se vuelve caótica, incontrolable para las fuerzas que la dominaban hasta entonces. Y vemos que surge una lucha, ya no entre los paladines y los adversarios del sistema, sino entre todos los actores para determinar qué es lo que lo

reemplazará. Pues bien, estamos en crisis. El capitalismo llega a su fin.^[8]

En síntesis, no es sólo una crisis, es una revolución.

Alcanza conver cómo en Wall Street, en el templo sagrado del capitalismo, el dogma económico principal de las últimas décadas, es decir, el poder casi religioso del mercado, es hoy cuestionado. Los máximos gurúes del panteón financiero, por lo general adoradores incansables del mercado desregulado, hincan sus rodillas, doblan el espinazo, reniegan de su antigua fe e imploran al Estado que les perdone sus pecados y acuda en su ayuda. Hoy todos se convierten masivamente a las tesis, hasta ayer consideradas heréticas o arcaicas, del economista británico John Maynard Keynes, partidario de la intervención del Estado para estimular la economía. No sin hipocresía, algunos abuchean los paraísos fiscales, vilipendian la capacidad de los *hedge funds* y condenan los desproporcionados ingresos de banqueros y agentes.

Ahora se reivindica el modelo de los países que eligieron el keynesianismo y mantuvieron alguna forma de regulación económica. «Desde Corea del Sur hasta China, pasando por India — observa Christian Chavagneux—, los logros económicos de las últimas décadas fueron producto de países que escaparon al consenso liberal». ^[9] Y aunque el impacto de la crisis se hará sentir en todo el planeta, es probable que las economías donde la acción del Estado se colocó al servicio del desarrollo salgan mejor paradas. En el caso de América Latina, cabe destacar el interés de mecanismos como la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA), el Banco del Sur, la creación por parte de los países del ALBA, reunidos por Ecuador, del fondo de estabilización y reservas SUCRE (Sistema Único de Compensación Regional) o la idea de un banco de la Organización de los Países Exportadores de Petróleo (OPEP), propuesta por el presidente venezolano Hugo Chávez.

¿Lograrán los espectaculares planes de rescate adoptados en Europa y Estados Unidos detener el deslizamiento del capitalismo

hacia el abismo? El propio Henry Paulson, secretario de Estado estadounidense en el Tesoro durante la última administración Bush y creador de un espectacular plan de recuperación de más de 500.000 millones de euros, lo pone en duda: «A pesar de la magnitud de nuestra intervención —afirmó—, otras instituciones financieras van a entrar en quiebra».^[10]

Algunos analistas tampoco excluyen un «escenario negro», donde los bancos centrales no lograrían reactivar la demanda mundial. Éste sería el caso si los mercados de crédito siguieran bloqueados o si la Reserva Federal de Estados Unidos ya no pudiera bajar sus tasas.^[11]

Los historiadores de la economía no han olvidado, claro está, el terrible crac de Wall Street de 1929 y la «madre de todas las crisis» que desencadenó. Pero sobre todo conservan en la memoria el recuerdo más reciente del «crac rampante» japonés de los años noventa, causado por el estallido de las burbujas especulativas inmobiliaria y financiera. Fenómeno que provocó una «década blanca» para la economía nipona.

A semejanza de lo que observamos con la crisis financiera actual, el crac japonés de los noventa desencadenó un temible círculo vicioso: contracción del crédito, seguido de quiebras y ventas de activos inmobiliarios, que contribuyeron, a su vez, a la baja de los precios. Con la consiguiente cascada de reacciones en cadena: la producción industrial se hundió, la demanda interior se desmoronó, el número de quiebras se multiplicó y el de los desempleados explotó.

Un ambicioso plan de recuperación, anunciado en julio de 1998 por el primer ministro Keizo Obuchi, alcanzaba la suma de 400.000 millones de euros destinados a recapitalizar los bancos y a comprarles créditos dudosos. Sin mayor éxito: siete bancos terminaron siendo nacionalizados, 61 cerraron y 28 fueron obligados a fusionarse.

La espiral deflacionista golpeó a la Bolsa de Tokio, el índice Nikkei se desplomó y los precios del sector inmobiliario cayeron en un

70%. Se calcula que las pérdidas de activos inmobiliarios y bursátiles entre 1990 y 1997 rondaron los 7 billones de euros, correspondientes a 24 puntos del PIB japonés, es decir, a más de dos años de crecimiento...^[12] Una pesadilla cuyo recuerdo hace temblar hoy a los gobiernos del mundo.

Más aún cuando, en un estudio reciente sobre las 127 crisis económicas acaecidas en unos treinta países durante los últimos treinta años, el Fondo Monetario Internacional (FMI) confirma que las que nacen a partir de los sectores inmobiliario y bancario son particularmente «intensas, largas, profundas y nocivas para la economía real».^[13]

En pocas semanas, después de los huracanes financieros de septiembre y octubre de 2008, los efectos del gran crac de Wall Street habían alcanzado los cinco continentes: la Bolsa de Reikiavik perdía el 94% de su valor; las de Moscú y Bucarest, el 72%; la de Shanghái, el 69%; las de Atenas y Bombay, el 50%; la de Sao Paulo, el 45%; y la de Johannesburgo, el 40%. En enero de 2008, el valor acumulado de ocho grandes Bolsas (Nueva York, Tokio, Londres, Frankfurt, París, Ámsterdam, Bruselas y Lisboa) alcanzaba los 23,5 billones de euros. Diez meses después, se había encogido a la mitad.

El crac había hecho desaparecer, de una sola vez, alrededor de 14 billones de euros, es decir, más de cinco veces el PIB de Francia.^[14] A escala planetaria, se esfumaron alrededor de 20 billones de euros, el equivalente a diez años de crecimiento francés... En varios países, en pocos días, las monedas se precipitaron: la rupia india perdió el 10% de su valor; el peso mexicano, el 14%; el zloty polaco, el 22%; y el real brasileño, el 30%. Y otros países (Indonesia, Filipinas, la República Checa) sufrieron presiones similares en sus monedas. Durante la crisis, y a riesgo de amplificarla, los especuladores se ensañaron con los estados más débiles, atacando sus monedas y continuando con su enriquecimiento, cual carroñeros a expensas de sus presas.

Islandia está en quiebra. Otros países europeos, como Ucrania y Hungría, tuvieron que recurrir a las ayudas del FMI, como antes lo

habían hecho, en las décadas anteriores, muchos estados del Primer Mundo.

Las pérdidas vinculadas con los créditos inmobiliarios podridos (*subprimes*) de Estados Unidos se calculan en más de un billón de euros. Y las autoridades norteamericanas, para intentar salvar su sistema financiero, ya habían desembolsado, a mediados de noviembre de 2008, más de 1,5 billones de euros (una suma superior a la que habían asignado, desde 2001, a las guerras de Afganistán e Iraq). Pero los grandes bancos del mundo también necesitan de cientos de miles de millones de euros... Lo cual los condujo a restringir el crédito a las empresas y a las familias, con consecuencias desastrosas para la actividad económica.

¿HACIA UNA PESADILLA SOCIAL?

Donde la crisis golpea con mayor dureza es en el sector inmobiliario. En el Reino Unido, en Irlanda y España, por ejemplo, millones de pisos y casas ya no encuentran comprador. Los precios de las viviendas están en baja. Los de los terrenos construibles también. El aumento de los créditos inmobiliarios, así como los temores de una recesión, sumergen a todo el sector en una espiral infernal, que provoca efectos arrasadores en el conjunto de la industria de la construcción. Todas las empresas de esta rama se encuentran en el ojo del huracán. Se destruyen miles de empleos.

Así, la crisis financiera se transforma en crisis social, provocando el resurgimiento de políticas autoritarias. Varios gobiernos europeos, por ejemplo, ya proclaman su voluntad de favorecer el regreso a sus países de miles de trabajadores extranjeros, apoyándose en la «directiva retorno», votada por el Parlamento Europeo el 18 de junio de 2008.

En Washington, la Oficina Nacional de Investigación Económica (NBER) —encargada oficial de fechar el comienzo y el fin de los ciclos económicos— anunció, el 1 de diciembre de 2008, que la

recesión^[15] económica había comenzado un año antes, es decir, ya desde diciembre de 2007... Resultado: en noviembre de 2008, Estados Unidos registró una reducción del empleo ininterrumpida durante diez meses, cosa que no experimentaba desde treinta y cuatro años atrás. En ese mismo mes de noviembre de 2008, se supo que el número de desempleados había aumentado en 673.000 personas, algo no visto en los últimos quince años... Estos anuncios conllevaron una nueva sesión de pesadilla en la Bolsa de Nueva York, la peor desde el crac de 1987, y el índice Dow Jones se hundió un 7,33% para descender a su nivel más bajo de los últimos cinco años y alarmó a los agentes bursátiles: «Podemos observar —declaró uno de ellos— una desorientación absoluta en los mercados».^[16] El desempleo golpea al 6,7% de la población, es decir, el nivel más alto desde 1983. Sólo en el sector financiero, se eliminaron 200.000 empleos de Wall Street^[17] (de los cuales, 53.000 pertenecen al Citigroup).

En Francia, a comienzos de diciembre de 2008, mientras el país se preparaba para entrar en recesión, el desempleo subía y el número de desempleados volvía a superarla línea de los dos millones. El UNEDIC (organismo que administra los seguros de desempleo) calculaba que si el crecimiento se contraía en un 1% en 2009, habría 162.000 desempleados más. La pobreza también se agravó: en vísperas de las fiestas de fines de diciembre de 2008, cerca de 800.000 personas —frente a 700.000 en 2007— se vieron obligadas a apelar, para comer, a las asociaciones que trabajan con los bancos de alimentos.

En España, un país cuya economía —basada en la construcción inmobiliaria y el turismo— no había dejado de crecer en los últimos quince años, las estadísticas registraban, en octubre de 2008, el mayor aumento del número de desempleados de su historia, es decir, 192.000 más en sólo un mes. Y 171.200 al mes siguiente... El total de españoles sin trabajo alcanzaba entonces los tres millones (un 37,5% más que en la misma fecha en 2007). Los analistas de la Unión de Bancos Suizos (UBS) anunciaban que en 2009 el número

de desempleados españoles alcanzaría los cuatro millones: el 16% de la población activa.^[18]

Los países desarrollados —y entre ellos la Unión Europea— que recurrieron a la «innovación» financiera para garantizar altísimas rentabilidades a los inversores y salarios grandiosos a los banqueros son los que reciben los golpes más rudos. El FMI calcula que en 2009 la economía de estos estados experimentará el crecimiento más bajo de los últimos 27 años.

La depresión [económica] que se viene —advierte Ronald Cohen, un financista cercano al primer ministro británico, Gordon Brown— va a tener la misma amplitud que el pozo que remonta dificultosamente la economía desde hace 15 años. Pocos sectores saldrán ilesos. [...] El desempleo y los embargos inmobiliarios afectan a millones de personas, provocando explosiones sociales en todo el mundo.^[19]

Es por ello que los líderes europeos siguieron con atención las protestas griegas de diciembre de 2008. Vieron allí una «advertencia», que podría reproducirse en otros países con la llegada de nuevas olas de pobreza generadas por la crisis.^[20] No ignoran que la protesta y el saqueo suelen ser respuestas proletarias al descenso del poder adquisitivo. El mundo se encamina hacia su peor pesadilla económica y social.

UNA CRISIS QUE SE EXTIENDE AL MUNDO

Las ondas expansivas del impacto del crac también llegan alas estados del Sur. Las poblaciones más frágiles de los países en vías de desarrollo se ven afectadas de lleno. En 2008, debido al aumento de los precios de los alimentos, el número de personas que padecen hambre crónica saltó, según la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), de 840 a 963 millones.

Mientras tanto, en los países ricos, la preocupación mayor se centra sobre todo en cómo abastecer a las 800 millones de vehículos que recorren las rutas del mundo.

Las Naciones Unidas advirtieron que, a causa de la crisis, los estados desarrollados amenazan con reducir de manera drástica los 76.000 millones de euros dedicados a la ayuda al desarrollo. Lo cual tendrá consecuencias dramáticas en materia de alimentación, asistencia médica y educación para millones de personas.^[21]

Según el FMI, debido a la crisis, muchos países del Sur también pasan por problemas de liquidez porque los inversores extranjeros repatrian los capitales privados y los bancos extranjeros reducen sus líneas de crédito. Luego de la cumbre del G-20, el 15 de noviembre de 2008 en Washington, el ministro de Economía brasileño, Guido Mantega, declaró:

A medida que esta crisis se vuelve más crítica, tiene consecuencias en los países en desarrollo. Cuando ya no hay liquidez, los fondos de inversión retiran su dinero de estos países para cubrirlos huecos en Estados Unidos y Europa.^[22]

En China, por primera vez desde hace más de una década, la tasa de crecimiento descendió del nivel del 10%. Sólo en la región de Cantón, gracias a la caída súbita de las exportaciones, cerraron 9.000 de 45.000 fábricas durante el último trimestre de 2008.^[23] En todo el país, más de 20 millones de personas perdieron su empleo y quebraron alrededor de 70.000 empresas.^[24] Ante la inesperada amplitud del desastre, las autoridades anunciaron, el 15 de noviembre de 2008, un gigantesco plan de recuperación (más de 450.000 millones de euros), con el fin de estimular el mercado interno y volver a dar dinamismo a un crecimiento en caída libre.

Los efectos del crac se hacen sentir incluso en América Latina, donde la aplicación anticipada de políticas keynesianas (en particular en Venezuela, Ecuador y Bolivia) había permitido restablecer el

crecimiento. En Brasil, por ejemplo, la caída del real, la disminución de las exportaciones y el retroceso de los precios de las materias primas amenazan con hacer caer el crecimiento, que en 2009 podría verse reducido a la mitad, en alrededor del 3%. El 7 de noviembre de 2008, la Argentina, también afectada, anunció la renacionalización del sistema privado de jubilaciones por capitalización, impuesto en la década de 1990 por gobiernos ultraliberales. En virtud del derrumbe de las bolsas, el monto de las pensiones de los jubilados de ese país (pero también de Chile, Bolivia, Uruguay, Perú y México) se había reducido drásticamente, en sólo dos meses. Luego de haber aportado toda una vida, millones de jubilados se encontraron estafados, despojados, con jubilaciones de miseria.

Estamos impulsando esta medida en un momento de crisis internacional, donde los principales países que forman parte del G-8 salen a proteger a sus bancos. En cambio, nosotros decidimos proteger a nuestros jubilados y trabajadores, afirmó la presidenta Cristina Fernández de Kirchner.^[25]

Para salvar a los bancos, los jefes de Estado de los países más ricos fueron capaces de organizar varias cumbres en pocos meses y de movilizar más de 2,3 billones de euros. Pero ¿qué se hizo para salvar a la mitad de la humanidad que vive en la pobreza? Prácticamente nada. Sin embargo, según las Naciones Unidas, con una suma cincuenta veces menor, se podría abastecer de agua potable, alimentación equilibrada, servicios de salud y educación elemental a cada habitante de nuestro planeta.^[26]

¿Cuánto tiempo durará la crisis? «Veinte años si tenemos suerte, o menos de diez si las autoridades actúan con consistencia», pronostica el editorialista del *Financial Times*, Martin Wolf.^[27] ¿Demasiado pesimista? Lo que es seguro, es que esta crisis será larga y no respetará ni a Europa ni al resto del mundo.

PRIMERA PARTE

LA CRISIS DEL SIGLO

I. Arqueología del crac

II. La fábrica del crac

I ARQUEOLOGÍA DEL CRAC

LOS TRES ORÁCULOS

Todo comenzó el 15 de agosto de 1971. Ese día, el presidente estadounidense, Richard Nixon, anuncia que Estados Unidos suspende la convertibilidad del dólar y el oro. Lo que se desmorona es todo el sistema que funcionaba en Bretton Woods en 1944. También es el acto de nacimiento de lo que bien se puede llamar «el nuevo capitalismo», pues restablece la libertad de maniobra monetaria de Washington, abre el camino a medidas de desregulación financiera más radicales y permitirá el desarrollo de la globalización neoliberal.

En los años que siguen llegan al poder los teóricos de la escuela monetarista formados en la Universidad de Chicago, primero, hacia 1975, dentro de los equipos que rodean al general Suharto en Indonesia y al general Pinochet en Chile, luego en 1979, con Margaret Thatcher en el Reino Unido y, por último, en 1980, con Ronald Reagan en Washington.^[1]

En nombre de la «revolución conservadora», estos líderes van a mostrar un neoliberalismo agresivo, avivado por un antikeynesianismo militante, para acabar con la larga tradición de intervención económica y social del Estado. Su primer objetivo es quebrar los sindicatos. Será más fácil luego desregular la economía y desencadenar una cascada de privatizaciones. Así comienza la era del neoliberalismo, una plaga que va a expandirse por toda la Tierra.

Esta corriente se inspira en las tesis de tres economistas, los «oráculos» del neoliberalismo: Joseph Schumpeter (1883-1950), Friedrich von Hayek (1899-1992) y Milton Friedman (1912-2006). Sus tesis dominaron el campo de la teoría del capitalismo real durante treinta años.

SCHUMPETER y LA «DESTRUCCIÓN CREADORA»

Según Joseph Schumpeter, la innovación tecnológica y la acción del emprendedor, en un marco de libre competencia, ponen en movimiento la economía y la sacan de un estado estacionario, lo cual provoca una crisis. Por ende, ésta sería, según él, una simple consecuencia de la innovación y un aspecto inherente a la lógica del capitalismo.

La crisis es, en cierta forma, «natural». Una fase necesaria e incluso saludable para el progreso económico. Schumpeter teoriza esto al hablar de «destrucción creadora».

Las víctimas de las crisis —trabajadores despedidos, ahorristas aniquilados, pequeñas empresas arruinadas— sólo son, a su parecer, «daños colaterales». Lo importante es que, cada vez, el capitalismo salga de ellas reforzado... hasta la crisis siguiente.

HAYEK y EL «ESTADO MÍNIMO»

El austriaco Friedrich von Hayek es mucho más ideólogo. Es el verdadero pensador, el profeta de los neoliberales. Critica toda forma de regulación de la economía con el pretexto que ésta sería demasiado compleja como para pretender organizarla. Defiende una concepción mínima del Estado, una «democracia limitada», y preconiza la supresión de las intervenciones sociales y económicas públicas. Su objetivo principal: derribar el «Estado providencia».

Su concepto de «Estado mínimo», desprovisto de todo poder de intervención económica, y su idea del «mercado que siempre tiene razón», cuya «autorregulación espontánea» no debe ser planificada (apología del «*laissez faire*»), se convirtieron, durante tres décadas, en los pilares de un dogma cuasi religioso para los neoliberales. Una «Verdad Única» en materia de economía.

Hayek consideraba que el «Estado mínimo» permitía escapar al poder de la clase media. La cual, según él, controla el proceso democrático con el fin de obtenerla redistribución de las riquezas en su propio favor por medio de la fiscalidad. Otra tesis de Hayek: el Estado no debe garantizar, en nombre de la «justicia social», la redistribución de la riqueza.

En sus dos obras más conocidas, *Camino de servidumbre* (1944) y *Los fundamentos de la libertad* (1960), Hayek expuso su programa: desregular, privatizar, limitar la democracia, suprimir las subvenciones para la vivienda y el control de los alquileres, disminuir los seguros de desempleo, reducir los gastos de la seguridad social y, por último, quebrar el poder sindical. Llegará hasta el punto de proponer, en 1976, la desnacionalización de la moneda, es decir, la privatización de los bancos centrales para someter la creación monetaria a los mecanismos del mercado...

Estas ideas terminaron imponiéndose entre los economistas liberales opuestos al británico John Maynard Keynes (1883-1946), inspirador de las políticas del New Deal del presidente Franklin D. Roosevelt y los acuerdos de Bretton Woods de 1944. Para Keynes, el pleno empleo era un objetivo decisivo. Pensaba que el capitalismo necesitaba del Estado para estimular la economía por medio de inversiones públicas. También consideraba que los mercados funcionaban mejor si estaban enmarcados por mecanismos de regulación decididos por el Estado.

Opuestos a las tesis keynesianas —que no habían podido impedir la «estanflación» (inflación sin crecimiento) de las economías occidentales durante la década de 1970—, los adeptos del neoliberalismo, ayudados por una impresionante batería de *think*

tanks, van a imponer sus análisis. Éstas ejercerán una hegemonía intelectual excepcional en el campo de la teoría económica. Y se impondrán en las prácticas gubernamentales tras de la elección de Margaret Thatcher en el Reino Unido y Ronald Reagan en Estados Unidos.

Prueba de este dominio intelectual, en 1974 Hayek recibe el premio Nobel de Economía.^[2] Premio también otorgado a no menos de cinco de sus amigos ultraliberales: Milton Friedman (1976), George Stigler (1982), James Buchanan (1986), Ronald Coase (1991) y Gary Becker (1992).

MILTON FRIEDMAN y LA VIOLENCIA CAPITALISTA

El tercer «oráculo», cuyas tesis tuvieron una influencia decisiva al momento de imponerla corriente neoliberal, es Milton Friedman. Este teórico estadounidense es el instigador de la nueva violencia capitalista. Su primer postulado es: «El libre mercado es un sistema científico perfecto en el cual particulares que actúan en su propio interés crean, para todos, la mayor cantidad de ventajas posibles». ^[3] Según él, el Estado tiene como única función «proteger nuestra libertad de sus enemigos externos y de nuestros propios conciudadanos. Hace que reinen la ley y el orden, hace que se respeten los contratos privados y favorece la competencia». Eso es todo. Pero lo más importante es que no se ocupe de la economía. Y debe promover el *laissez faire* y el librecambio.

Según Friedman, la toma del poder (sea por elecciones democráticas o por un golpe de Estado) tiene como principal objetivo imponer de modo inmediato cambios económicos radicales. Cualquiera sea el coste social:

Un nuevo gobierno —afirma— goza de un período de gracia de seis a nueve meses durante el cual puede operar cambios fundamentales. Si no aprovecha para actuar con

determinación, no volverá a presentarse una ocasión semejante.

Durante este corto período, las nuevas autoridades deben poner en funcionamiento su nueva concepción económica, recurriendo, si es necesario, a una «terapia de *shock*».^[4] Al mismo tiempo, deben desarrollar una gran campaña de propaganda a través de los medios de comunicación propios y afines, repitiendo hasta el cansancio que toda dificultad económica —por ejemplo, un número creciente de desempleados— es consecuencia de un «mercado que no es suficientemente libre».

FRIEDMAN, HAYEK y PINOCHET

El fanatismo económico llevó a algunos de estos economistas a colaborar con gobiernos dictatoriales. El propio Milton Friedman viaja a Chile en marzo de 1975, donde muchos de sus ex alumnos de la Universidad de Chicago son consejeros del general Augusto Pinochet, y se reúne con el dictador el 21 de marzo.^[5] Su visita es un «éxito». Poco después, las autoridades chilenas lanzan su «terapia de *shock*»: privatización de empresas del sector público, adopción del librecambio y supresión de las barreras aduaneras, liberalización de los precios de miles de productos, reducción del presupuesto del Estado y despido de miles de funcionarios, autorización a los inversores extranjeros para repatriar la totalidad de sus ganancias, anulación de las leyes que protegían a los trabajadores, «flexibilidad» en el empleo, privatización de los sistemas de salud y de jubilaciones,^[6] etcétera.

Hayek también realiza varias visitas a Chile y no dudará en declarar, en 1981, acerca del general Pinochet: «Mi preferencia personal se inclina a una dictadura liberal y no a un gobierno democrático donde todo liberalismo esté ausente».^[7] Hayek sostenía que el triunfo del fascismo y el nazismo en Italia y Alemania en las

décadas de 1920 y 1930 no había sido sino una reacción contra los «excesos socialistas» del período anterior.^[8] Según él, Mussolini, Hitler, Franco o Pinochet debían su ascenso al poder exclusivamente al fracaso de las experiencias socialistas que los habían precedido. El verdadero responsable, a su entender, era el socialismo, con su tendencia a la planificación, a la modificación de la oferta y la demanda y al intervencionismo de Estado. La instauración de «dictaduras económicas» sólo era su consecuencia.

Tal análisis explica por qué muchos discípulos de Hayek no experimentaron ninguna repugnancia al colaborar y aconsejar a regímenes dictatoriales favorables a las «terapias de *shock*» neoliberales.

NEOLIBERALISMO y DEMOCRACIA

En el fondo, el neoliberalismo mantiene una relación poco feliz con la democracia, que Hayek aceptaba sólo de modo «limitado». Se siente más cómodo con regímenes autoritarios que, en caso de ser necesario, pueden imponer por medio del terror las alteraciones económicas y sociales que exige la aplicación de su teoría. Según el politólogo quebequense Dorsal Brunelle:

El ultraliberalismo exige una transformación profunda de la gobernanza política. En virtud de esta transformación, el ejercicio del poder es llamado a volverse contra el poder. Este giro del sentido y del alcance del poder político conduce a una transformación profunda de la gestión y la administración del bien público. El ultraliberalismo desempeña entonces un papel capital en la transmutación del Estado, de los gobiernos y los poderes públicos que, al renunciara asumir el papel de promotores de los bienes públicos y de protectores de los pueblos, se transforman en depredadores. Ahora bien, una

alteración de este tipo no puede ponerse en marcha ni sancionarse sin recurrir a la fuerza, incluso al terror político.^[9]

Muy probablemente no sea casual que los primeros «laboratorios» donde se experimentaron, con una población cobaya y forzada, las tesis ultraliberales de Schumpeter, Hayek y Friedman, fueran la Indonesia bajo la bota del general Suharto y el Chile aterrorizado del general Pinochet...

En su libro *La doctrina del shock*. El auge del capitalismo del desastre, Naomi Klein mostró cómo, durante el primer año de aplicación de la terapia prescrita por estos «locos eruditos ultraliberales», la economía de Chile experimentó un retroceso del 15% y la tasa de desempleo —que había sido sólo del 3% durante el gobierno democrático de la Unidad Popular de Salvador Allende— trepó al 20%... En 1988, luego de quince años de experiencias ultraliberales, el 45% de los chilenos se encontraba bajo la línea de pobreza.^[10] Semejante cataclismo social no impidió que Milton Friedman admirara la política económica del general Pinochet, calificara sus resultados como «milagro de Chile» y... recibiera como recompensa, como ya hemos visto, el Premio Nobel de Economía en 1976.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS DE LA RELIGIÓN LIBERAL

El filósofo Dany-Robert Dufour ha explicado, no sin humor, que la ideología neoliberal funciona como una nueva religión:

[Ésta] difunde unos Mandamientos llamados a convertirse en norma en todos los ámbitos de la Cultura. [...] Encontré diez que valen como las instrucciones liberales del nuevo dogma. [...] Allí donde cada uno se cree absolutamente libre, liberado y liberal, siguen, sin saberlo, instrucciones que lo determinan. [...] La puesta a punto y la difusión de estos

nuevos Mandamientos no están reservadas a los círculos militantes del liberalismo económico, ni mucho menos. Pueden haber sido experimentadas perfectamente durante las luchas culturales llevadas a cabo por la izquierda, e incluso por la extrema izquierda. [...]

- *Primer mandamiento*: Te dejarás conducir por el egoísmo y entrarás amablemente en el rebaño de los consumidores.
- *Segundo mandamiento*: Utilizarás al otro como medio para lograr tus fines.
- *Tercer mandamiento*: Podrás venerar a todos los ídolos que elijas, siempre y cuando adores al dios supremo, el Mercado.
- *Cuarto mandamiento*: No inventarás excusas para evitar entrar en el rebaño.
- *Quinto mandamiento*: Combatirás todo gobierno y preconizarás la «buena gobernanza».
- *Sexto mandamiento*: Ofenderás a cualquier maestro que esté en condiciones de educarte.
- *Séptimo mandamiento*: Ignorarás la gramática y barbarizarás el vocabulario.
- *Octavo mandamiento*: Violarás las leyes sin dejarte atrapar.
- *Noveno mandamiento*: [En materia de arte] derribarás indefinidamente la puerta abierta por Duchamp.
- *Décimo mandamiento*: Liberarás tus pulsiones y buscarás el goce ilimitado.^[11]

PERSUADIR y CONVENCER

A lo largo de toda la década de los ochenta, las principales firmas multinacionales, los bancos de Wall Street, la Reserva Federal de

Estados Unidos y los organismos financieros internacionales elaboran de común acuerdo, y en base a estos mandamientos neoliberales, una doctrina compuesta por competitividad, disciplina presupuestaria, reforma fiscal, reducción del gasto público, liberalización de los intercambios comerciales y los mercados financieros, como así también por privatizaciones masivas del sector público. Dejan a los banqueros el camino abierto para jugar con el dinero de los contribuyentes.

Esta doctrina se presentará como solución universal a todos los problemas económicos. E intentará convencer a los pobres de que son los únicos responsables de su situación. No es culpa de nadie más. Explica Ricardo Petrella:

Los dominantes van a proponer a los dominados, a los pobres y a los excluidos que acepten el carácter inevitable y natural de la pobreza y la lucha sin piedad por la supervivencia individual. En el marco de la globalización, no hay un «nosotros», dicen los ultraliberales, sino una infinidad de «yoes» en competencia entre sí por el acceso a los bienes y a los servicios esenciales. Predicado durante treinta años como principio inspirador y movilizador de la civilización occidental, el *evangelio de la competitividad* va a servir como argumento para explicar y justificar la perennidad de la pobreza.^[12]

En esta empresa de persuasión colectiva, los grandes medios desempeñan un papel fundamental, mucho más eficaz en la medida en que se presentan cubiertos por el manto de la objetividad y la imparcialidad. En realidad, a fuerza de propagandas silenciosas,^[13] van a inocular un veneno lento ya defender los intereses de los principales grupos económicos. John Perkins, que durante más de diez años participó, en Asia y América Latina, de operaciones de intoxicación mediática en favor de las grandes firmas de Estados Unidos, nos alerta al respecto:

Las cosas no son lo que parecen. La mayoría de nuestros diarios, revistas y editoriales pertenecen a grandes compañías internacionales que los manipulan a su gusto. Nuestros medios forman parte de la corporatocracia. Los presidentes y los directores de casi todas nuestras redes de información saben muy bien cuál es su papel: durante toda su vida se les repite que una de sus funciones más importantes es perpetuar, reforzar y extender el sistema que han heredado. Lo hacen con gran eficacia y pueden mostrarse impiadosos si uno se les opone.^[14]

EL «CONSENSO DE WASHINGTON»

Cuando, en noviembre de 1989, se desploma el Muro de Berlín y cuando, en diciembre de 1991, explota la Unión Soviética, calificada por Ronald Reagan como «Imperio del Mal», los neoliberales llegan ala conclusión de que la dinámica y la energía de su concepción de la economía han sido las claves de la victoria. El ensayista estadounidense Francis Fukuyama afirmará que esta economía de mercado es tan eficaz que el mundo alcanza de este modo el «fin de la historia».^[15]

En ese mismo año de 1989, un responsable estadounidense del Banco Mundial, John Williamson, propone resumirlas principales tesis de los economistas neoliberales y codificar su aplicación política en una lista de diez propuestas. Está pensando sobre todo en las medidas que hay que imponer a los países de América Latina. Éstas serán el «Consenso de Washington» o los «Diez Mandamientos» a los que a partir de entonces deberá plegarse todo gobierno si es que quiere ser admitido en el seno de la «comunidad internacional»:

- — disciplina en materia de déficit público;
- — redefinición de las prioridades en materia de gasto público;
- — reforma fiscal (reducción del impuesto al ingreso);

- — liberalización de las tasas de interés;
- — adopción de tasas de cambio competitivas;
- — liberalización de los intercambios comerciales internacionales;
- — liberalización de las inversiones directas extranjeras;
- — privatización de las empresas públicas y el sector público;
- — desregulación de los mercados y supresión de las barreras aduaneras;
- — protección de los derechos de propiedad.

Estas nuevas Tablas de la Ley conforman el núcleo de la doctrina neoliberal, el «modelo» a seguir. Obligatoria, pues «no hay alternativa» (*There is no alternative*), como afirmara Margaret Thatcher. Poderosos vectores de difusión (la prensa económica, el sector empresarial, una parte de la universidad, círculos de reflexión y estudio, escuelas de comercio, etcétera) van a reproducir, transmitir y propagar este pensamiento que pronto se convertirá en «único».^[16]

Las instituciones financieras internacionales, en particular el FMI y el Banco Mundial, también van a asumir la función de difundir estas tesis y se convertirán, de alguna forma, en los brazos armados del capitalismo conquistador.

CONFESIONES DE UN ASESINO FINANCIERO

Estados Unidos ordena a los países de Asia Oriental que también adopten este «modelo» y practiquen la desregulación generalizada de los mercados financieros. Fuerza a estos estados (Corea del Sur, Japón, Taiwán, Hong-Kong, Singapur, Tailandia, etcétera) y a los de América Latina a poner en práctica el «Consenso», que el capital estadounidense exige a cambio de sus inversiones. Para llevar a estas naciones por el buen camino neoliberal, Washington no dudará, a veces, en ejercer presión sobre ellas, recurriendo a

métodos poco ortodoxos, o incluso en reclutar a asesinos financieros.

John Perkins era uno de ellos. Arrepentido, cuenta:

Los asesinos financieros son profesionales muy bien pagados que estafan por miles de millones de dólares a diversos países del globo. Dirigen el dinero del Banco Mundial, de la Agencia Estadounidense de Desarrollo Internacional (US Agency for International Development, USAID) y otras organizaciones «humanitarias» hacia los cofres de las grandes compañías y hacia los bolsillos de algunas grandes familias riquísimas que controlan los recursos naturales del planeta. Sus principales armas son: los informes financieros fraudulentos, el fraude electoral, los sobornos, la extorsión, el sexo y el asesinato. Juegan un juego viejo como el mundo, pero que en esta época de globalización ha alcanzado proporciones terroríficas.

[17]

Gracias a estos métodos de *shock*, el FMI se irá erigiendo, a lo largo de los años, en una suerte de Ministerio de Economía a escala planetaria, con la misión de abrir los mercados nacionales a la inversión y a la apropiación por parte de los países más poderosos. Al imponer planes de «ajuste estructural»^[18] en muchas naciones del Sur y al buscar abolir las restricciones al librecambio y a la libre circulación de las mercaderías, los servicios y el capital, el Fondo va a convertirse —al igual que el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio (OMC)— en una institución central de la globalización neoliberal. Por esta vía, los estados dominantes van a obligar a los países en desarrollo a ceñirse a «recetas que los propios países avanzados no estaban dispuestos a aplicar», como lo reconoce en la actualidad Henry Kissinger, ex secretario de Estado estadounidense.^[19]

EL MERCADO CONTRA EL ESTADO

La globalización atañe sobre todo al sector financiero. Como la libertad de circulación de los capitales se volvió absoluta, es ese sector el que, por mucho, domina la esfera de la economía. ¿Consecuencias? El mercado y el sector privado destruyen lo colectivo y se apropian de las esferas pública y social. Lo cual provoca una competencia generalizada: el mercado contra el Estado, el sector privado contra el sector público, el individuo contra la colectividad, el egoísmo contra la solidaridad. Establece una competencia entre el capital y el trabajo. Y como los capitales circulan en total libertad, contrariamente a los hombres, mucho menos móviles, el que sale ganando es el capital.

Una vez que los mercados se abren, en nombre del libre comercio, las grandes firmas globales fabrican, subcontratan y venden en el mundo entero. Para maximizar sus ganancias, producen donde la mano de obra es más barata y venden donde el nivel de vida es más elevado.

Este capitalismo neoliberal constituye una inmensa ruptura económica, política y cultural. Somete a las empresas y a los ciudadanos a una imposición única: adaptarse, a fin de plegarse mejor a los anónimos mandatos de los mercados financieros. Condena de antemano —en nombre del realismo— toda veleidad de resistencia o disidencia. Y golpea con oprobio todo sobresalto proteccionista, toda búsqueda de alternativa, todo intento de regulación democrática, toda crítica a los mercados omnipotentes.

Erige la competitividad en una única fuerza motora: «Ya sea un individuo, una empresa o un país —declarará en el Foro Económico de Davos un ex ejecutivo de la empresa Nestlé—, lo importante para sobrevivir en este mundo es ser más competitivo que el vecino».

MERCANTILIZACIÓN GENERALIZADA

El neoliberalismo también es la mercantilización generalizada de las palabras y las cosas, de los cuerpos y las mentes, de la naturaleza y la cultura. De allí que se hayan agravado las desigualdades. A escala planetaria, éstas se amplían en proporciones sin precedentes.

Esto también ha significado un enorme saqueo ecológico. Las grandes firmas han saqueado (y saquean aún) el medio ambiente, obteniendo ganancias de las riquezas de la naturaleza, bienes comunes de la humanidad. Lo han hecho sin escrúpulos y sin freno. Esto ha sido acompañado de una criminalidad financiera vinculada con los medios de negocios y los paraísos fiscales que reciclan sumas que superan los dos billones de euros por año, es decir, el equivalente al PIB de Francia.

A lo largo de las tres décadas neoliberales, los gobiernos han respetado las consignas de política económica definidas por organismos mundiales reunidos dentro del llamado «Póker del Mal» —FMI, Banco Mundial, OCDE y OMC—, que ejerció una verdadera dictadura en la política económica de los estados.

Por su parte, al favorecer el libre flujo de capitales y las privatizaciones masivas, los responsables políticos permitieron la transferencia de decisiones capitales (en materia de inversión, empleo, salud, educación, cultura, protección ambiental) de la esfera pública a la esfera privada.

Los altos ejecutivos de las firmas globales y de los grandes grupos financieros y mediáticos mundiales detentaban el poder real y se imponían con todo su peso en las decisiones políticas. Confiscaron la economía y la democracia para su propio beneficio.

LA CONVERSIÓN DE LA SOCIALDEMOCRACIA

Afines de la década de los noventa se creyó que las crisis económicas se resolverían mediante el progreso técnico. En efecto, muchos analistas anunciaban el «fin de los ciclos económicos»,

debido a los progresos de productividad relacionados con las tecnologías de la información y la «revolución digital».

La caída del Muro de Berlín y el derrumbe de la Unión Soviética habían suprimido el principal obstáculo político para la expansión del neoliberalismo. El desarrollo de internet se encargaría de propulsarlo, a la velocidad de la luz, hasta los confines del mundo. Y de consolidar la globalización.

La computadora, deseosa de reemplazar el cerebro, favorecía mutaciones formidables e inéditas en todos los campos. Internet parecía confirmar, pues, las dos tesis schumpeterianas: la del «cambio de ciclo», provocado por el salto tecnológico, y la de la «destrucción creadora».

Las tesis neoliberales, convertidas en la nueva doxa económica, rápidamente fascinaron a la propia socialdemocracia. Fueron gobiernos socialdemócratas —el de Felipe González en 1982 en España, el de Laurent Fabius en 1983 en Francia, el de Bettino Craxi en 1983 en Italia, o incluso el de Carlos Andrés Pérez en 1989 en Venezuela— los que implantaron el neoliberalismo en sus respectivos países. A veces con la ayuda —particularmente en Venezuela— de «terapias de *shock*» de efectos devastadores para los sectores más desprotegidos de la población.^[20]

A partir de 1989, esta doctrina también se extiende a todos los países de Europa Oriental, que, luego de renegar del autoritario comunismo de Estado, se convienen masivamente a esta versión neoliberal del capitalismo. En Polonia, el electroshock implementado por el FMI y Leszek Balcerowicz (ministro de Economía del gobierno de Tadeusz Mazowiecki, uno de los líderes históricos del sindicato Solidaridad) será particularmente extremo: además de la eliminación inmediata de los controles de precios y las subvenciones, imponen la privatización de las minas, las obras navales y el conjunto de las fábricas del Estado... todo el parque industrial polaco es rematado al capital privado.

PRIVATIZACIÓN O MUERTE

El FMI impuso el primer programa de «ajuste estructural» en 1983. Durante las dos décadas siguientes —recuerda Naomi Klein—, «se informó a todos los países que pedían un préstamo importante que debían remodelar su economía desde el sótano hasta el desván». Davidson Budhoo, economista principal del FMI que preparó programas de ajuste estructural para América Latina y África a lo largo de los años ochenta, confesó más adelante: «Todo el trabajo que realizamos después de 1983 descansaba en el sentimiento de la misión que nos animaba, el Sur tenía que privatizar o morir. Para eso, creamos el ignominioso caos económico que marcó a América Latina y a África entre 1983 y 1988».^[21]

Las políticas de «ajuste estructural» —otro nombre del «Consenso de Washington»— tuvieron un coste social exorbitante. Para favorecer la inversión internacional, se empujó a gobiernos de países del Sur a la descomposición social. Y éstos aceptaron reducir el gasto público de salud y educación en nombre de la lucha contra el déficit presupuestario y, por consiguiente, favorecieron el aumento de las desigualdades y la pobreza.

En muchas naciones de África y América Latina, durante los ochenta y los noventa, se barrió con las estructuras públicas al igual que con las estructuras económicas y sociales tradicionales. El Estado se fue derrumbando en todas partes. La doctrina neoliberal se impuso con su cortejo de devastaciones. Sectores económicos enteros arrasados, sobreexplotación de hombres, mujeres y —más escandaloso aún— niños: 300 millones de niños son explotados con una brutalidad sin precedentes.

Argentina es un caso de manual. Siguiendo los consejos del FMI y el Banco Mundial, el gobierno de Carlos Menem impuso durante la década de los noventa una política neoliberal ortodoxa. Se privatizó todo el sector público (incluida la seguridad social), el país se abrió por completo a las importaciones y se estableció la paridad de la moneda local (el peso) con el dólar de Estados Unidos. Resultado:

una deuda externa que aumentaba exponencialmente y «ajustes» económicos cada vez más dolorosos.

El Estado argentino [explica el economista Jorge Beinstein], que la doxa neoliberal prometía sanear depurándolo de sus taras burocráticas, redujo sus dimensiones y su peso económico pero siguió sometido a las manipulaciones de los grandes grupos financieros. De hecho, las privatizaciones delinearon una nueva realidad económica que podríamos calificar como colonial. [...] Al final del proceso, el país contaba con catorce millones de pobres, más de tres millones de indigentes y más de dos millones de desempleados.^[22]

El Fondo Monetario Internacional carga con la mayor responsabilidad de los sufrimientos inflingidos, durante cerca de treinta años, a muchas naciones pobres del Sur. Cuenta Jean Merckaert:

La crónica del drama es esclarecedora. Acto I: endeudamiento. En la década de 1970, en busca de salidas para su liquidez, los banqueros occidentales endeudan masivamente a los países del Sur a tasas (flotantes) que desafían toda competencia. Los estados los imitan dócilmente, dando crédito a dictaduras feroces como las de Filipinas, el Congo (ex Zaire) o Argentina, a cambio de su fidelidad al bloque occidental. Acto II: la crisis de la deuda. Las causas, más allá de los motivos geopolíticos: se disparan las tasas de interés, luego de tibia decisión del Tesoro estadounidense, y se derrumban estrepitosamente los ingresos de exportación con la caída de los precios agrícolas. Acto III: el ajuste estructural. A partir de la década de 1980, los ministros de economía del G-7 exigen a los países pobres que sacrifiquen los gastos de salud, educación o empleo para

pagar la deuda. El FMI se encarga de imponer las privatizaciones a precio de liquidación y la liberalización comercial y financiera. Y la retracción del Estado. Para mayor provecho de los inversores extranjeros.^[23]

A pesar de esta reputación bien ganada de *serial killer*, durante la crisis de 2008, hubo quienes propusieron que los países del Sur vuelvan a confiar capitales nuevos al FMI (actualmente dirigido por el «socialista» francés Dominique Strauss-Kahn)^[*] para que éste pueda «ayudar» a los estados en dificultades.

Esta propuesta rebeló a Joseph Stiglitz, exvicepresidente (renunciante) del Banco Mundial, quien denunció en su libro *La Grande Désillusion*^[24] el comportamiento criminal del FMI frente a países acorralados como Etiopía. «¿Por qué esos países emergentes —se indignaba— debían ceder un dinero ganado con tanto esfuerzo a una institución como el FMI, cuyo balance es miserable, cuya política de liberalización provocó el caos actual y que sigue practicando una política asimétrica, factor de inestabilidad?». ^[25]

II LA FÁBRICA DEL CRAC

LA CRISIS DE 1997

Hay que remontarse a diez años atrás para encontrar el primer gran síntoma que presagiaba el crac actual. Aquel signo precursor fue la crisis de 1997-1998. Originada en el Sudeste Asiático, el sacudón desvió la trayectoria loca de los «dragones» asiáticos y demostró claramente que el sistema financiero edificado por la teoría neoliberal, con sus mercados desregulados y liberalizados, sus actores abusando del apalancamiento^[1] y sus capitales internacionales en permanente movimiento, estaba convirtiéndose en algo peligrosamente frágil.

Es cierto que en 1994-1995 ya se había producido la crisis financiera de México, primer fracaso del modelo neoliberal, cuyas repercusiones se habían extendido al mundo y principalmente Sudamérica. Pero la intervención masiva de Estados Unidos (vinculado con México, desde enero de 1994, a través del Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte, NAFTA) y de organizaciones financieras internacionales, que prestaron de urgencia unos 50.000 millones de dólares, permitió detener rápidamente la crisis. Se creyó entonces que el sistema financiero era sólido.

Hay que decir que el fervor neoliberal estaba en pleno apogeo desde comienzos de los noventa:

Gracias a la irrupción de los nuevos países industrializados — cuenta François Lenglet—, en particular China, que también adoptan

la economía de mercado. Las empresas occidentales aprovechan las nuevas libertades de inversión y los bajos costes de transporte para extender su campo de acción. El comercio mundial cambia subrepticamente de naturaleza: los intercambios intra-firmas se vuelven preponderantes, la organización de las empresas se enrosca en la nueva geografía del crecimiento, beneficiándose con considerables diferencias de salarios en un mundo donde las reglas del juego económicas se universalizan.^[2]

ESTAMPIDA HACIA INTERNET

También hay que recordar que, hacia 1989-1990, se había producido el *shock* de internet. Los progresos en materia de informática y telecomunicaciones, así como la revolución digital, nos habían hecho entrar en una nueva era: la de internet, cuyas características centrales son el transporte instantáneo de datos inmateriales y la proliferación de las relaciones y las redes electrónicas.

Internet se impuso como el núcleo, el desarrollo y la síntesis de la gran mutación que estaba poniendo en marcha. Al respecto, las «autopistas de la comunicación» se convierten en lo que los trenes, la electricidad, el telégrafo, el teléfono o las autopistas habían significado para la era industrial: vigorosos factores de impulso e intensificación de los intercambios.

Muy pronto, las bolsas cobijaron a estas nuevas tecnologías, que experimentaron un *big bang*. Una suerte de explosión matricial. Las transacciones ahora se hacían por vía electrónica, a la velocidad de la luz. Los intercambios se centuplicaban. Consecuencia: también se aceleró la especulación. Se implementó un nuevo modelo económico.

De este modo nació lo que algunos diarios iban a calificar como «nueva economía» o incluso como «revolución de la *Net Economy*».

Una revolución —explica Michel Quatrepoint— comparable al desarrollo de los trenes en 1840 y a la aparición de la electricidad en 1870, que conmueve las estructuras sociales de la producción. Por primera vez en la historia, los jóvenes saben más que los ancianos.^[3]

Muchos especuladores saben que «las ventajas económicas de un sistema de transporte aumentan en línea quebrada, con saltos repentinos, cuando se realizan algunas relaciones». Y que «en la década de 1840, la construcción de los trenes era, por sí sola, el vector más importante del crecimiento industrial en Europa occidental».^[4] Es por esto que, en esta fase de despegue, van a apostar al crecimiento exponencial de todas las actividades vinculadas con las industrias digitales, las tecnologías de las redes e internet.

Estos especuladores estaban convencidos —en el marco de una de las mutaciones más rápidas que el mundo haya conocido nunca, y en virtud de las leyes de la «destrucción creadora»— que las empresas se verían obligadas a adaptarse, a invertir enormes sumas en equipamientos informáticos, telecomunicaciones, redes digitales, cables ópticos, etcétera. Las perspectivas de crecimiento parecían ilimitadas. Algunas estadísticas confirmaban sus cálculos: en Francia, por ejemplo, entre 1997 y 2000, más de 10 millones de personas habían comprado teléfonos celulares y el porcentaje de equipamiento de computadoras en los hogares se había duplicado.

Se evaluaba que el número de usuarios de internet en el mundo, después de saltar de dos millones en 1994 a 142 millones en 1998,^[5] superaría en pocos años al de los usuarios de teléfonos...^[6] Y que, estimulada por la desregulación y la apertura a la competencia del mercado de los servicios de telecomunicaciones, la gran batalla económica por venir enfrentaría a las empresas norteamericanas, europeas y japonesas por el control de las redes y el dominio del mercado de las imágenes, los datos, el sonido, las consolas de

juegos, la alta definición, etcétera. En suma, las inversiones serían colosales, y las ganancias, grandiosas.

Buscando imitar el éxito ultrarrápido de firmas como Apple, Microsoft, Yahoo! o Google, las nuevas empresas (*start-up*) se multiplican desde entonces en tecnópolis como las de Silicon Valley. Y sin mucho esfuerzo encuentran medios financieros considerables. Fascinados por el «nuevo paradigma económico», los inversores y los bancos redoblan la apuesta y ofertan capitales a voluntad.

Algunas *start-up*, lanzadas por un puñado de estudiantes alrededor de tres mesas estilo Ikea —escribe Frédéric Lordon— valen millones, a veces miles de millones: en efecto, se necesita al menos un «nuevo paradigma» para volver posible ese tipo de acontecimiento aberrante.^[7]

Las *stock-options*^[8] también desempeñan un papel importante en esta fiebre general. Reservadas hasta entonces a los altos puestos gerenciales de las grandes empresas, se generalizan y motivan a los jóvenes emprendedores, los ingenieros y los investigadores de las *start-up*. Esto permite pagar salarios mucho más bajos, a la espera de un futuro ingreso en la Bolsa y que el «brote joven» comience a germinar. Y entonces llegará el *jackpot*.

También se apuesta —incluso más que a otras posibilidades— a la expansión del comercio electrónico (o *e-commerce*). Internet pronto se transforma en una amplia galería comercial. El comercio electrónico mundial, embrionario en 1998, con apenas 6.000 millones de euros en intercambios, alcanza los 30.000 millones de euros en 2000. Para el año 2006, sólo en Estados Unidos, supera los 77.000 millones de euros. En Francia, más de 17.500 sitios de ventas activos realizaron, en 2006, un volumen de negocios superior a los 12.000 millones de euros.^[9]

Ya a fines de los años noventa, enjambres de inversores, anticipándose a este fabuloso desarrollo y soñando con fábricas de

dinero fácil, se abalanzan a las bolsas, invadidos por una ardiente fiebre de opulencia y motivados por la mayoría de los medios, como antes los buscadores de oro se lanzaban al río Klondike. Las cotizaciones de los títulos vinculados con la galaxia internet explotan. Algunas firmas ven cómo el valor de sus acciones se multiplica por 100; otras, por 370; otras, como American on Line (AOL), por 800!

ESTALLIDO DE LA «BURBUJA INTERNET»

En aquellos años de locura internet, un ahorrista que hubiera invertido mil euros en acciones de las cinco grandes firmas de internet (AOL, Yahoo!, eBay, Amazon y AtHome) el día de su entrada en Bolsa, para el 9 de abril de 1999 ya habría ganado un millón de euros... El índice Nasdaq (la Bolsa donde se intercambian valores de las nuevas tecnologías en Nueva York) mostró, solo para el año 1999, una ganancia del 85,6%...

Pero el enriquecimiento rápido, sin esfuerzo y sin trabajo, suele ser un espejismo. Es más: la prosperidad de la «nueva economía» parecía frágil. Recordaba el espejismo del boom financiero de la década de 1920, cuando la inflación era baja y la productividad elevada. Entonces, algunas voces comenzaron a pronosticar un «riesgo de quiebra».^[10] Luego, al ver que comenzaba a asomar la debacle, algunos financistas responsables alertaron a los ahorristas. «Seamos prudentes respecto de los títulos de las empresas de internet», alertó, por ejemplo, en vísperas del crac, Arnout Wellink, presidente del Banco Central de los Países Bajos, comparando a los operadores con «caballos locos que corrían todos juntos, unos detrás de otros, en busca de una mina de Oro».^[11]

Y ocurrió lo que tenía que ocurrir: en marzo de 2000, la «burbuja» internet explotó. Hacía cinco años que los inversores se precipitaban sobre los valores tecnológicos. La caída no podía ser más dura: la Bolsa de París se derrumba de 6.980 puntos a 2.500

puntos. En Estados Unidos, el índice Dow Jones pierde el 38% de su valor y el índice S&P 500, el 41%. Desaparecen tres cuartas partes de las empresas de la *Net-economy*...

EL ESCÁNDALO ENRON

Después del crac de internet, al igual que después de cada gran crisis, se prometió que todo iba a cambiar. Que los responsables serían sancionados. Que había que *moralizar* la Bolsa y las empresas. Durante el Foro Económico Mundial de Davos, en 2002, se escuchó gritar a los empresarios: «¡Viva la ética en los negocios! ¡Viva la empresa moral!». Sin embargo, apenas unos meses después estallaba el caso Enron,^[12] particularmente ilustrativo de los efectos de una desregulación sin control y los excesos del neoliberalismo. Uno de los mayores escándalos de los últimos veinte años.^[13]

Después de los atentados del 11 de septiembre de 2001 y el estallido de la burbuja internet en marzo de 2002, la quiebra de Enron iba a traumatizar profundamente al sistema financiero de Estados Unidos. Fundada en 1985, Enron llegó a convertirse en la séptima empresa norteamericana en términos de capitalización bursátil y en la número dieciséis del mundo por su volumen de negocios. Halagada por la prensa y los analistas financieros como un «nuevo modelo de empresa», su valor en Wall Street no dejaba de crecer (el 90% en un año). La revista *Fortune* la eligió, durante seis años consecutivos, como la «empresa más innovadora». En realidad, su éxito se debía a curiosos métodos.

En diez años —explica Serge Halimi—, Enron había dedicado 10 millones de dólares a actividades de *lobbying* político. Fue el principal «padrino» de George Bush y un muy generoso socio capitalista de varios miembros de su administración, entre los cuales figura John Ashcroft, ministro de Justicia.^[14]

Más de cien miembros del Congreso recibían contribuciones de Enron a su caja electoral. El vicepresidente, Richard «Dick» Cheney, invitó varias veces a Kenneth Lay, presidente de Enron, a participar del grupo de trabajo sobre la energía, cuya presidencia ejercía.

En materia de modelo económico, Enron exageraba artificialmente sus ganancias y enmascaraba sus déficits, utilizando una multitud de sociedades pantalla y falsificando sus cuentas. El objetivo era inflar su valor bursátil. La empresa también se benefició con la desregulación del sector energético en California, y no dudó en echar mano a los cortes intempestivos de luz, para hacer saltar los precios del kilovatio/hora.

Mientras la naturaleza y la coherencia de sus actividades no se hicieron evidentes —prosigue Serge Halimi—, Enron prosperó, alabada por la prensa de negocios como un modelo de audacia y de «modernidad», de «gobierno de empresa» capaz de operar de la mejor manera en el mercado desregulado de los productos derivados. Los pequeños ahorristas se precipitaban, tranquilos por los boletines de buena salud financiera que emitiría una prestigiosa agencia de certificación, Andersen (más indulgente aún con Enron en la medida en que el conglomerado texano la había reclutado como cliente). El ascenso del valor de la acción hacía callar a los últimos escépticos. Los mejores ensayistas y editorialistas —no sólo en la prensa estadounidense— también miran con ojos de enamorado a esta firma de Houston que sabía reconocer su talento de escritores a buen precio y, llegado el caso, invitarlos a elucubrar raciocinios muy lucrativos sobre el estado del mundo.^[15]

Al descubrirse el escándalo, en el otoño de 2001, se apresura la quiebra, no sólo de Enron, sino también de su cómplice, la auditora Arthur Andersen, una de las más reputadas entre las admitidas por la Securities and Exchange Commission (SEC) de la Bolsa de Nueva

York. Descubierta con las manos en la masa, la consultora de renombre mundial no había dudado en destruir más de una tonelada de documentos comprometedores. Existía un vínculo directo entre el valor de la acción y la confianza que Arthur Andersen inspiraba a los pequeños ahorristas.

Con la quiebra de Enron, miles de empleados de la empresa perdieron su empleo, pero también sus ahorros, porque los reglamentos internos les prohibían vender sus acciones. No fue el caso de los ejecutivos más altos, quienes vieron venir la catástrofe y sí habían vendido sus títulos, en el momento indicado ya buen precio. Muchos otros trabajadores norteamericanos que habían invertido en Enron una parte de sus jubilaciones —alrededor de dos tercios de los activos bursátiles de la firma eran detentados por fondos de pensión o fondos de mutuales— vieron cómo el monto de sus pensiones de retiro se hacía humo. En su punto más alto, en enero de 2001, la acción de Enron valía 83 dólares. Un año después, había caído a 0,67 dólares...

De este modo, no mucho después de los atentados del 11 de septiembre y el derrumbe del

World Trade Center bajo los golpes de activistas del exterior, llamados «terroristas» —cuenta un historiador del caso—, en Houston, Texas, explotaba una torre financiera, gracias al vaciamiento que un grupo de usureros (especuladores) provocó desde su interior. Así como el primer acontecimiento conllevó la muerte de miles de personas, el segundo hizo que 4.000 empleados perdieran su trabajo y otros miles, su pensión. Para los accionistas, las pérdidas fueron de 68.000 millones.^[16]

Este escándalo y el juicio que siguió (Ken Lay murió de un ataque cardíaco poco después del veredicto) son altamente instructivos sobre los desastres que puede causar la desregulación instaurada por quienes sostienen el neoliberalismo. Además, el caso Enron dio

origen a nuevas disposiciones legales para enmarcar mejor a ejecutivos y gabinetes de autoría, garantizar mayor transparencia para las cuentas y proteger a los inversores, como la ley Sarbanes-Oxley y las nuevas reglas contables IAS-IFRS.

Nueva ley y nuevas reglas que no impidieron, seis años después, la formación de la burbuja inmobiliaria de las *subprimes*, ni la catástrofe perfecta de 2008.

EL ESCÁNDALO PARMALAT

Después del estallido de la burbuja internet y más aún después de la quiebra de Enron, se manifestó en los grandes medios económicos, una vez más, el deseo de que el capitalismo resurgiera sobre bases saneadas. Pero, al tiempo que se expresaba este deseo recurrente, estallaba un nuevo caso: el escándalo Parmalat. Calificado como «el mayor engaño financiero en Europa desde 1945», provocaría ondas de *shock* similares a las causadas por la caída de Enron.

Parmalat era otro ejemplo de éxito impulsado por la dinámica de la globalización neoliberal. Pequeña firma familiar de distribución de leche pasteurizada establecida en las cercanías de Parma, en Italia, en los años sesenta se había desarrollado gracias a la habilidad de su fundador, Calisto Tanzi, y a las generosas subvenciones de la Unión Europea. Ya en 1974, Parmalat se internacionalizaba y se instalaba en Brasil, y luego en Venezuela y Ecuador. Multiplicaba sus filiales y creaba sociedades instrumentales en territorios que ofrecían facilidades fiscales (isla de Man, Países Bajos, Luxemburgo, Austria, Malta) y luego en auténticos paraísos fiscales (islas Caimán, islas Vírgenes Británicas, Antillas Holandesas).

En 1990 entraba en Bolsa, afirmándose como el séptimo grupo privado de Italia y ocupando el primer lugar mundial en el mercado de la leche larga vida. Ese coloso multinacional empleaba entonces a unos 37.000 empleados en más de treinta países y su volumen de

negocios alcanzaba, en 2002, los 7.600 millones de euros, una suma superior al producto interior bruto de países como Paraguay, Bolivia, Angola o Senegal...

Este éxito asombroso le valía a su presidente, Tanzi, miembro del directorio de la Cofindustria (Confederación General de la Industria Italiana), el ser considerado como una de las figuras más importantes del *establishment* de su país. Y a la acción Parmalat ser uno de los valores seguros de la Bolsa de Milán.

Esto se acabó el 11 de noviembre de 2003. Ese día unos auditores expresaron dudas acerca de una inversión de 500 millones de euros efectuada en el fondo Epicurum, con base en las islas Caimán. Inmediatamente, la agencia Standard & Poors reduce la puntuación de los títulos Parmalat. Las acciones caen. Al mismo tiempo, la Comisión Italiana de Operaciones de Bolsa pide explicaciones sobre cómo el grupo espera devolver una serie de deudas cuyo plazo vence a fines de 2003. La inquietud gana a los acreedores y a los accionistas.

Para tranquilizarlos, la dirección de Parmalat anuncia entonces la existencia de un fondo de previsión de 3.950 millones de euros depositados en una agencia del Bank of America en las islas Caimán. Y presenta un documento de ese banco estadounidense garantizando la validez de los títulos y la liquidez por el monto indicado. El directorio se juega a todo o nada. O vuelve la tranquilidad, las acciones suben y los negocios se recuperan, o bien sigue la desconfianza y aparece la amenaza de un derrumbe.

En ese instante decisivo en que se juega el pellejo, el grupo recibe la estocada fatal. En un comunicado público, el Bank of America afirma, el 19 de diciembre, que el documento que había exhibido Parmalat para probar la existencia de los 3.950 millones de euros era... ¡una falsificación! ¡Una pobre imitación de un membrete, burdamente falsificado con un *scanner*! Las acciones de Parmalat se derrumban y en pocos días no valen nada. Más de 115.000 inversores y pequeños ahorristas resultan estafados, algunos quedan arruinados. Comienza el escándalo.

Pronto se sabrá que la deuda de Parmalat se eleva a los 11.000 millones de euros! Y que ha sido disimulada de modo consciente, desde años atrás, merced a un sistema fraudulento basado en malversaciones contables, balances maquillados, documentos trucados, ganancias ficticias y complejas pirámides de sociedades *offshore* encajadas unas dentro de otras, de manera que resultara imposible determinar el origen del dinero ni proceder a la verificación de las cuentas.

El fraude era constante e indetectable, al punto que, en las vísperas del escándalo, el Deutsche Bank, por ejemplo, había adquirido el 5,1% del capital de Parmalat, y los analistas seguían recomendando vivamente la compra de títulos del grupo (*strong buy*)... Se acusó de complicidad a grandes auditoras como Grant Thornton y Deloitte & Touche y bancos como el Citigroup. Y la nocividad de los paraísos fiscales, una vez, fue más subrayada y confirmada.^[17] El caso tomó una amplitud planetaria.

Al día siguiente de la quiebra de Enron, los neoliberales habían afirmado que se había acabado con los empresarios ladrones y las empresas-crápulas. Que ese caso, a fin de cuentas, podía resultar benéfico, porque finalmente iba a permitir que el sistema se corrigiera. El escándalo Parmalat probó que no había nada de eso.

A pesar de los grandes traumas financieros que provocó el quíntuple *shock* de la crisis asiática, la burbuja internet, los atentados del 11 de septiembre, la quiebra de Enron y el caso Parmalat, el crecimiento mundial se recuperó a toda velocidad. Milagrosamente indemne, el sistema parecía ser a toda prueba. ¿Quién era el principal artesano de aquel «milagro»? Alan Greenspan, quien presidía la Reserva Federal estadounidense desde 1987. Su prioridad: el crecimiento a cualquier precio.

La revista *Time* —cuenta Paul Krugman, premio Nobel de Economía 2008— calificó a Alan Greenspan, a Robert Rubin y a Lawrence Summers como «el comité que salvó al mundo», y como «el trío que impidió un desastre financiero mundial».

Y Krugman agrega: «Efectivamente, todo el mundo celebró que nos hayamos alejado del precipicio, pero olvidó preguntarse por qué nos habíamos acercado tanto al abismo...».[18]

Greenspan pone en marcha una política agresiva de tasas de interés muy bajas y motiva a los estadounidenses a endeudarse más allá de sus posibilidades. Asegura tener una confianza ciega en el mercado y, como buen discípulo de Hayek y Friedman, parte de la base de que, si se lo deja en libertad, «el mercado se comporta de manera racional, sensata, y se ajusta automáticamente».[19] Los hechos parecen darle la razón. En efecto, gracias a la medicación, el sistema supera las crisis y se muestra invulnerable.

Pero la libertad económica, decía el economista John Maynard Keynes, estimula los «instintos animales». Y muy pronto, estimulado por ese contexto de libertad y desregulación, surge un nuevo capitalismo todavía más brutal y conquistador. Un hombre va a desempeñar un papel central en este acontecimiento: Robert Rubin, secretario del Tesoro de Estados Unidos entre 1995 y 1999 bajo la administración del presidente Bill Clinton, responsable de la desregulación fanática que generó el sustrato de la crisis actual. Lo que no impidió que Barack Obama —para gran decepción de muchos de sus electores— lo nombrara, en noviembre de 2008, jefe de su equipo de consejeros económicos...

Robert Rubin —con la colaboración del FMI— es el instigador, en el Sudeste Asiático en 1997, y luego en Rusia y en América Latina en 1999, del tratamiento de *shock* que degradó las condiciones de vida de los pueblos y agravó las desigualdades.

Luego de las medidas tomadas por Alan Greenspan, Rubin crea en Estados Unidos las condiciones para que una especie de depredadores, aún más voraces que los anteriores, se dé su festín.

Utiliza todo su poder —recuerdan Damian Mollet y Éric Toussaint— para obtenerla anulación, en 1999, del *Glass Steagall Act*, o *Banking Act*, llevado a la práctica en 1933, que había declarado incompatibles las funciones de los bancos de

depósito y de los bancos de inversión. Entonces se abre bien grande la puerta a toda suerte de excesos por parte de financistas ávidos de ganancias máximas.^[20]

Se desencadena una especulación aún más frenética, cuya sofisticación va de la mano con una falta, cada vez más flagrante, de transparencia. Inflados por las ganancias fáciles, dos categorías nuevas de fondos buitres van a prosperar: las *private equities* y los LBO (*Leverage buy-out*),^[21] fondos de inversión rapaces con apetito de ogro que disponen de capitales colosales y cuyos ejecutivos se convirtieron, en pocos años, en verdaderos dueños del universo.

Los nombres de los titanes (The Carlyle Group, KKR, The Blackstone Group, Colony Capital, Apollo Management, Partners Cerberus, Starwood Capital, Texas Pacific Group, Wendel, Eurazeo, etcétera) siguen siendo poco conocidos para el público masivo. Al abrigo de esta reserva, se adueñan de la economía mundial. En cuatro años, entre 2002 y 2006, la suma de los capitales recaudados por esos fondos de inversión, que reúnen el dinero de los bancos, las aseguradoras, los fondos de pensión y los haberes de riquísimos particulares, isalta de 94.000 millones de euros a 358.000 millones!

Su poder de fuego financiero es descomunal, isupera los 1,1 billones de euros! Nada se les resiste. En 2006, en Estados Unidos, los principales *private equities* y LBO invierten alrededor de 290.000 millones de euros en comprar empresas, y más de 220.000 millones sólo durante el primer semestre de 2007, tomando así el control de 8.000 sociedades... En muy poco tiempo, uno de cada cuatro empleados estadounidenses y cerca de uno de cada doce franceses trabajan para estos mastodontes.^[22]

Después del Reino Unido y Estados Unidos, Francia se convierte en su primer blanco. En 2007, estos nuevos depredadores se apoderaron de 400 empresas (por una suma de 10.000 millones de euros) y hoy administran más de 1.600... Marcas muy conocidos (Picard Surgelés, Dim, los restaurantes Quick y Buffalo Grill, las Pages Jaunes, Allociné o Afflelou) se encuentran bajo el control de

private equities o LBO, por lo general anglosajones, que ahora echan el ojo a los gigantes del CAC 40 (*Cotation Assistée en Continu*, un índice que reúne los cuarenta títulos más significativos de la Bolsa parisina).

El fenómeno de esos fondos rapaces nació hace unos quince años pero, cebado por una mayor desregulación, un crédito barato e instrumentos financieros cada vez más sofisticados, alcanzó una amplitud delirante. El principio es simple: un club de inversores adinerados decide comprar empresas que luego administra de manera privada, lejos de la Bolsa y sus reglas apremiantes y sin tener que dar cuenta a accionistas puntillosos.^[23] La idea es esquivar los propios principios de la ética del capitalismo apostando sólo a las leyes de la jungla. Concretamente —explican dos especialistas—, las cosas suceden así:

Para adquirir una sociedad que vale 100, el fondo coloca 30 de su bolsillo (se trata de un porcentaje promedio) y pide prestados 70 a los bancos, aprovechando las tasas de interés muy bajas del momento. Durante tres o cuatro años, reorganiza la empresa con el *management* que ya está funcionando, racionaliza la producción, desarrolla actividades y capta todo o parte de las ganancias para pagar los intereses... de su propia deuda. Luego de lo cual, volverá a vender la sociedad en 200, por lo general a otro fondo que hará lo mismo. Una vez que paga los 70 que pidió prestados, le quedan 130 en el bolsillo, para un aporte inicial de 30, es decir, un porcentaje de recuperación de más del 300% en una inversión de cuatro años. ¿Qué más se puede decir?^[24]

Mientras que ganan fortunas demenciales,^[25] los ejecutivos de esos fondos practican, sin el menor sentimiento de culpa, los cuatro grandes principios neoliberales de la «racionalización» de las empresas: reducir el empleo, comprimir los salarios, aumentar los

ritmos de producción y deslocalizar. Motivados por las autoridades públicas que sueñan con «modernizar» el aparato productivo. Y en perjuicio de los sindicatos, que gritan en medio de la pesadilla y denuncian el fin del contrato social.

Algunos pensaban que, con la globalización neoliberal, el capitalismo por fin se había saciado. Pero su voracidad no tiene límites. Al punto de que el sistema comenzó a hundirse. Ya a fines de 2007, las grandes organizaciones económicas internacionales, en particular el FMI y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), preveían un descenso del crecimiento mundial. Las señales de desconfianza se multiplicaban. Un buen ejemplo fue la nueva «estampida hacia el oro»: el metal amarillo —cuya cotización había progresado en 2007 en un 32%— retomó su papel de valor refugio.

Hay que decir que, desde 2001, se había ido formando la mayor burbuja especulativa de la historia, con una explosión de los precios inmobiliarios en todo el planeta y una progresión inaudita del endeudamiento. La deuda total de los estadounidenses (incluidos todos sus agentes) alcanzaba el 350% del PIB en 2007, mientras que en 1929 apenas había rozado el 300%.^[26]

«ESTO ESTÁ POR EXPLOTAR»

Ya a comienzos del año 2008 se sabía que podía suceder lo peor.^[27] El 18 de enero, el presidente Bush anunciaba un primer «plan de reactivación» de la economía estadounidense, por una suma de más de 100.000 millones de dólares. Pero no logró alejar el fantasma del crac. En Francia, Michel Rocard, aunque adepto al social-liberalismo, alertaba: «La crisis mundial es para mañana», y no dudaba en agregar: «Estoy convencido de que esto está, por explotar».^[28]

En realidad, como hemos visto, la crisis actual comenzó en 2001 con el estallido de la burbuja internet, a la que se agregó la conmoción por los atentados del 11 de septiembre. Tras esta doble

conmoción, la actividad económica se frenó. Para reactivar la economía y preservar a los inversores, Alan Greenspan, como ya se dijo, resuelve bajar las tasas de interés y orientar las inversiones hacia el sector inmobiliario.^[29] Debido al crecimiento demográfico y la escasez del crédito hipotecario, muchos especuladores pensaron que el alza de los precios de la construcción en Estados Unidos (alrededor de un 15% por año) iba a proseguir indefinidamente.

George W. Bush, que en ese momento iniciaba su doble mandato, aplica las estrategias que le proponen los «neoconservadores»: el derecho a iniciar guerras «preventivas», la posibilidad para Washington de actuar sin preocuparse por sus aliados y la voluntad de universalizar el capitalismo en su versión neoliberal, incluso a través de la guerra.

LA BURBUJA INMOBILIARIA

Ultraliberal convencido, el presidente Bush anima a Alan Greenspan a estimular por todos los medios el crecimiento. Y éste empuja a los intermediarios financieros e inmobiliarios para que inciten a una clientela cada vez más amplia a invertir en vivienda, a través de una política de tasas bajas y de la reducción de los costes financieros. En Estados Unidos, los bancos conceden préstamos prendarios por el precio de las viviendas, calculados en un 110% de su valor. Son créditos a tasa variable y la responsabilidad de la compra se limita al valor de su bien inmobiliario. De este modo, se puso apunto un sistema de *subprimes*, créditos hipotecarios de alto riesgo otorgados a los hogares de menores recursos.^[30]

Al prestar a esas familias modestas, los bancos no tenían ninguna intención de hacer capitalismo social. Más bien al contrario. Es bien conocido el hecho de que los mejores negocios se hacen explotando a los pobres, más numerosos por definición. Los bancos contaban incluso con la incapacidad de pago de cierto número de familias para recuperar las casas vendidas. Y ganar en dos frentes:

cobrando durante varios años las cuotas del crédito y recuperando, al fin de cuentas, un bien cuyo valor se había duplicado en siete años...

Pero cuando, en 2005, por temor a la inflación, la Reserva Federal (FED) aumenta el tipo de cambio de referencia del dinero, descompone la maquinaria. Y desencadena un efecto dominó que, a partir del verano de 2007, va a hacer tambalear a todo el sistema bancario internacional. Porque, indexado con esas tasas, el coste del crédito inmobiliario pronto termina por duplicarse y alrededor de tres millones de hogares, atrapados por el cebo de las *subprimes*, e incapaces de sobrevivir, van a preferir devolverle al banco las llaves de su casa.

Muchas familias modestas no pudieron hacer frente a este aumento imprevisible de las tasas de interés y volvieron a encontrarse en la calle. De pronto, el mercado se inundó con una avalancha de casas que los bancos recuperaban. Resultado: caída en picada de los precios y desinflamiento brutal de la «burbuja» inmobiliaria. Los establecimientos bancarios se encontraron doblemente atrapados en su propia trampa: por la suspensión de los pagos de un número masivo de clientes y por la recuperación de un gigantesco parque inmobiliario cuyo valor se reducía notoriamente.

LA «TITULARIZACIÓN»

¿Cómo fue que esta crisis inmobiliaria circunscripta a Estados Unidos pudo transformarse en un crac mundial? Porque, durante los últimos diez años, como consecuencia de la desregulación de los mercados financieros, se produjo una especie de «revolución bancaria». Se desarrolló una «industria financiera» hipersofisticada, en cuyo seno se desarrolló de modo constante una «ingeniería financiera» dotada de mucha creatividad, que inventaba instrumentos (titularizaciones, *subprimes*, *hedge funds*, derivados de

crédito, etcétera) y técnicas (*shortselling*, apalancamiento) desconocidas o durante mucho tiempo prohibidas.

Nos detendremos en la «titularización», un fenómeno que aparece en la década de los ochenta^[31] y se generaliza después de 2000. Los especialistas lo explican así:

Se llama «titularización» al acto de «titularizar», es decir, de crear títulos financieros que luego se cotizarán en el mercado de capitales y por tanto serán revendidos. Así como la actividad histórica de un banco es llevarlos depósitos de los clientes a su seno y luego volver aprestarlo a otros, cobrando el diferencial de interés y las comisiones que se relacionan con él, la «titularización» es el acto de comprar activos —ya sea de modo interno o a otros organismos financieros—, que luego serán agrupados, «empaquetados» y asociados en series dentro de una estructura *ad hoc*, que luego se revende a otros inversores, por lo general mediante la cotización en los mercados financieros. La diferencia esencial entre ambos es que, en el primer caso, el banco afronta los riesgos, mientras que, en el segundo, también hay un intermediario, pero que ya no afronta los riesgos, ya que estos son revendidos, pues el banco sólo cobra mediante una comisión sobre el acto realizado.^[32]

En otros términos, la «titularización» es por ende una operación financiera, desconocida para quien pide el préstamo, mediante la cual un banco revende sus activos —a menudo agrupados con otros valores— en mercados especializados. Lo cual le permite, a la vez, refinanciarse y reducir su riesgo (que traslada a los inversores que compran esos activos). No necesariamente es simple de comprender, pero puede ser muy rentable.

La amenaza de insolvencia de unos tres millones de hogares, endeudados en alrededor de 200.000 millones de euros, ponía en

peligro a importantes establecimientos de crédito norteamericanos. Por lo tanto, para resguardarse de ese riesgo, vendieron, a través de títulos *subprime*, una parte de sus activos dudosos a otros bancos, que los cedieron a fondos de inversión especulativos que, a su vez, los diseminaron en bancos de todo el planeta. Es por ello que se compara este fenómeno con una infección viral y que se habla de «contaminación», «infección», «epidemia» o «toxicidad».

EL CONTAGIO

Al principio, los bancos que vendían sus títulos *subprime* no pensaban que simultáneamente se producirían faltas de pago masivas. Así las difundieron, a través de los fondos de inversión, al conjunto del planeta. Las exportaban en grandes cantidades como valores garantizados, sobrevaluados por las cajas de crédito que las compraban. No sólo grandes bancos estadounidenses, sino también establecimientos financieros japoneses, británicos, alemanes, suizos y franceses, entre otros, adquirieron esos títulos *subprime*.

Los ejecutivos de esos bancos —señalan Natalie Funès, Thierry Philippon y Claude Soula— los compraban porque su rendimiento era superior a colocaciones sin riesgos, pero no siempre entendían lo que estaban haciendo.^[33]

Las agencias de calificación los consideraban «seguros» y los calificaban con «AAA», su mejor apreciación. Así, estas agencias se volvieron, una vez más, cómplices de la sobrevaluación de los títulos *subprime*, animando a los bancos a comercializar productos financieros tan sofisticados y complejos que la mayoría de los inversores no sabía exactamente de qué se trataba. «No eran los únicos —cuentan los periodistas—, un subgobernador del Banco de Inglaterra, que se suponía debía controlar a los bancos, tuvo que pedir que le explicaran, durante una cena, el funcionamiento de las

estructuras financieras donde se encontraban alojadas las *subprimes...*»^[34]

No es sorprendente, pues, que el mercado haya sido incapaz de evaluar correctamente sofisticados instrumentos producidos por la innovación financiera. A tal punto que el economista alemán Reinhard Selten, premio Nobel de Economía 1994, propuso que, como para los alimentos, los nuevos títulos estuvieran acompañados de etiquetas en las que se indicara el nivel de riesgo.

Los bancos se dejaron cegar por la perspectiva de importantes ganancias sin riesgo. Abandonaron toda prudencia y olvidaron que el mundo de las finanzas rebosa de astutos tiburones. Pensaban que habían encontrado la martingala perfecta puesto que, al vender a otros establecimientos sus títulos *subprime*, se desembarazaban de sus activos dudosos, diseminaban su riesgo y obtenían sus ganancias.

Sin embargo, se les escapaba un detalle: simultáneamente, ellos otorgaban préstamos sin tener en cuenta que los *hedge funds* —que se financian por apalancamiento (con pocos capitales propios y muchos préstamos bancarios)— especulan masivamente... ¡con créditos inmobiliarios titularizados! De este modo, los bancos recuperaban, sin darse cuenta, los riesgos que habían creído desviar hacia los mercados...

PRIMEROS CRUJIDOS

Por lo demás, el volumen de los créditos que los propios bancos habían pedido para otorgar sus préstamos hipotecarios había sido tan elevado en relación al capital propio, que toda variación importante del precio de los activos inmobiliarios corría el riesgo de tener consecuencias devastadoras para su supervivencia. Precisamente eso fue lo que sucedió durante el verano de 2007, cuando la caída a pique del valor de dos fondos de inversión del

banco estadounidense Bear Stearns, conocido el 17 de julio, dio la señal de partida de la crisis.

En ese momento, la comunidad financiera se dio cuenta de que el conjunto del sistema bancario estaba contaminado, intoxicado por créditos de muy alto riesgo infiltrados por todos lados. Se supo que algunas de las más sólidas instituciones financieras (Citigroup y Merrill Lynch en Estados Unidos, Northern Rock en el Reino Unido, UBS en Suiza, la Société Générale en Francia, etcétera) habían registrado pérdidas colosales. La confianza se desmoronó.

Más aún cuando algunos de estos bancos, enloquecidos y para limitar los estragos, se apresuran a aceptar capitales provenientes de fondos soberanos controlados por estados del Sur o petromonarquías, cometiendo así un sacrilegio, una negación del primer mandamiento del catecismo neoliberal: un banco privado no permite la entrada de un Estado —y menos, extranjero— en su capital. Era una señal de desconcierto, de pánico.

Rápidamente, los bancos centrales estadounidense, europeo, británico, suizo y japonés, comienzan a inyectar en la economía cientos de miles de millones de euros, aunque sin lograr recuperar la confianza. Se desencadena el temible mecanismo del crac...

Por si esto fuera poco, entre el otoño de 2007 y el otoño de 2008, acontece otro fenómeno inédito: el alza simultánea de los precios del petróleo, las materias primas y los productos alimenticios. Se reúnen todos los ingredientes que hacen a una catástrofe perfecta, de esas que sólo vemos una vez por siglo.

LA QUIEBRA DE BEAR STEARNS

Para disimular su propia responsabilidad, al comienzo las autoridades se esforzaron en minimizarla gravedad de la situación. Pero la realidad era que se estaba en presencia de un sismo económico de dimensiones inéditas.

Desde julio-agosto de 2007, la crisis no dejó de intensificarse. Al derrumbe de bancos estadounidenses prestigiosos, como el Bear Stearns, Merrill Lynch y el gigante Citigroup, vino a agregarse la quiebra, el 15 de septiembre de 2008, de Lehman Brothers, el cuarto banco de negocios del mundo... Un verdadero terremoto en una Norteamérica financiera ya traumatizada.

Todo ello no impidió que, en medio del naufragio, los carroñeros financieros siguieran acechando a nuevas presas, guiados por su instinto depredador.^[35] Sin preocuparse por el destino del sistema. Esta nueva raza de ultraliberales es en gran parte responsable de la espectacular caída del banco Bear Stearns, el quinto banco de inversiones más importante del mundo.

El *New York Times*^[36] contó de manera detallada cómo una jauría de especuladores, que el diario califica como «banda mafiosa de Wall Street», de la que formaban parte «algunas de las personas más poderosas de Wall Street y Washington», organizó, en apenas tres días, la caída de Bear Stearns. Y cómo esa «banda», con la complicidad de la Reserva Federal, intercedió en la compra —que el diario llama «hurto»— favoreciendo a JP Morgan Chase.

Metódicamente, desde la sede de ese banco se lanzó primero una campaña de rumores que insistían en una supuesta carencia de liquidez en Bear Stearns: una serie de llamados telefónicos personales a grandes inversores, buscando atemorizarlos y hacerles retirar inmediatamente sus fondos. En menos de cien horas, el precio de la acción del Bear Stearns se hundió de 70 a 2 dólares. El presidente del Bear, Alan Schwartz, intentó lanzar una contraofensiva, mostrando con pruebas fehacientes que los rumores eran falsos. Fue en vano.

El propio secretario del Tesoro, Henry Paulson, ex presidente ejecutivo del banco Goldman Sachs y de quien se sospecha que formó parte de la conspiración, presionó al titular del Bear Stearns y le dio el golpe de gracia. El *New York Times* escribió: «Le puso el arma en la sien: o firmas un acuerdo con la JP Morgan o te declaramos en quiebra».

Espantoso: en el borde del volcán, estos especuladores también encuentran la manera de sacar provecho de la angustia reinante para obtener ganancias a expensas de sus propios colegas. Encarnan la versión más infernal del neoliberalismo.

LAS TRES CRISIS

Desde entonces, no pasa un solo día sin que se sepa de nuevas bajas en las Bolsas, dificultades con las que se encuentran los bancos internacionales, empresas inmobiliarias o automotrices. Sin embargo, para evitar la hecatombe, los gobiernos y los Bancos Centrales inyectaron en el sistema, durante el año 2008, miles de miles de millones de euros. Sin resultado. Como declaró Paul Krugman: «Las cosas empeoran tan rápido que los planes de recuperación siempre tienen un tiempo de retraso».^[37]

Librados a su propia suerte, los mercados demostraron que no funcionan. Los bancos desconfían unos de otros y ya casi no se prestan dinero. Esta escasez de liquidez encareció el crédito a las empresas, al consumo y a la actividad inmobiliaria. A tal punto que nunca, desde 1945, se había visto una ausencia tan grave de dinero en los mercados financieros. Y lo que muchos temen ahora es que todo el sistema económico mundial termine explotando.

En medio de esta situación de pánico, en octubre de 2008 se produjo el tercer *shock* petrolero, con un precio del barril que llegó a superar los 150 dólares (antes de volver a caer, un mes después, a menos de 50 dólares!). Un aumento irracional (hace diez años, en 1998, el barril costaba menos de 10 dólares), provocado no por una demanda excesiva sino más bien por la intervención de numerosos especuladores que apostaron al alza continua de los hidrocarburos.

Luego de huir a las hipotecas *subprime* y a la burbuja inmobiliaria, los inversores habían desplazado sumas colosales de dinero y apostaban a un petróleo de 200 o 300 dólares por barril. Se produjo así una «financiarización» del petróleo. Con todas las

consecuencias que pudimos observar: un alza formidable de los precios en el surtidor y explosiones de furia en los oficios más involucrados (pescadores, camioneros, agricultores, chóferes de taxi, etcétera). En varios países estas profesiones reclamaban a sus gobiernos —con huelgas, protestas, enfrentamientos y el apoyo de la opinión pública— ayudas, subvenciones y reducciones de los impuestos a los hidrocarburos.

Como si ese contexto no fuera lo suficientemente alarmante, también explotó la crisis alimentaria. El alza de los precios de los comestibles provocó numerosas protestas populares. Aquí también, los especuladores tienen parte de responsabilidad, porque al intentar huir del desastre financiero compran masivamente las cosechas futuras y apuestan a un fuerte incremento de los precios. De este modo, también la agricultura se «financiariza».

Estas tres graves crisis —financiera, energética y alimentaria— se producen simultáneamente, convergen y se entremezclan. Cada una de ellas actúa sobre las otras dos. Se estimulan, y así amplifican, de manera exponencial, la degradación de la economía real. Constituyen el saldo deplorable de tres décadas de neoliberalismo.

FIN DE UNA EDAD DE ORO

En un insólito acto de arrepentimiento, el propio Alan Greenspan, uno de los responsables del crac, admitió que el sismo actual cuestionaba la superioridad de un sistema, el del «mercado libre», en el que él siempre había creído,^[38]

Se acababa una etapa del capitalismo. Laque había comenzado, en 1981, con la fórmula de Ronald Reagan: «El Estado no es la solución, es el problema». Durante treinta años, los fundamentalistas del mercado repitieron que éste siempre tenía razón, que la globalización necesariamente era encantadora, y que el capitalismo financiero construiría, para todos, el paraíso en la Tierra. Se equivocaron.

Se terminó la «edad de oro» de Wall Street. Se oyó la voz de «¡Corten!» final para una escena de desregulación irresponsable, desbarajustes y dilapidaciones, protagonizada por una aristocracia de banqueros de negocios que creían ser los nuevos «dueños del universo». Poseídos por una avidez de ganancias acorto plazo, de bonificaciones e incentivos, y siempre listos a todo aquello que incrementara su botín: invención de instrumentos sofisticados y opacos, manipulaciones abusivas, ventas al descubierto, «titularización» de activos, *credit-default swaps*, *hedge funds*, etcétera. Como una peste, esta fiebre contaminó el planeta. Los mercados se entusiasmaron hasta recalentarse, alimentados por un exceso de liquidez que, a su vez, estimuló la especulación y el alza de precios.

La economía mundial tomó la forma de una gigantesca esfera de papel, virtual e inmaterial. Mientras que el total de la riqueza producida cada año por la economía mundial es de alrededor de 50 billones de euros, que el valor del *stock* de los bienes inmobiliarios, a escala planetaria, es del orden de los 75 billones y que el valor de todas las obligaciones y acciones, en el mundo, se calcula en 100 billones, el valor total de los productos derivados superaba por sí mismo, en diciembre de 2007, los 1.000 billones de euros.^[39] Y, de pronto, la gigantesca «burbuja» explotó.

El desastre está a la vista: más de 25 billones de euros ya se hicieron humo, los bancos de negocios fueron borrados del mapa; los cinco mayores establecimientos, pilares del sistema, se derrumbaron: Lehman Brothers en quiebra, Bear Stearns vendido — con ayuda de la FED— al Morgan Chase, Merrill Lynch en manos del Bank of America, y Goldman Sachs y Morgan Stanley (este último vendido en parte al japonés Mitsubishi UFJ) saboteándose como bancos de negocios y reconvirtiéndose en simples bancos comerciales sometidos ahora al control de la FED.

El conjunto de los eslabones de la cadena de funcionamiento del aparato financiero quedó arruinado y ya no es confiable. No sólo los bancos de negocios sino también los Bancos Centrales, las

autoridades de regulación, los bancos comerciales, las mutuales de ahorro, las compañías de seguros, las agencias de calificación (Standard & Poors, Moody's Fitch) e incluso las agencias internacionales de auditoría contable (Deloitte, Ernst & Young, PwC).

Estas conductas ya habían sido criticadas, en 1987, por Tom Wolfe en su novela *La hoguera de las vanidades*. Y por muchos autores en ensayos documentados como, entre otros, *El horror económico* (1996), de Viviane Forrester.

Es por ello que el naufragio actual no tendría que haber sorprendido. Los abusos y las locuras del neoliberalismo habían sido denunciados varias veces, las pruebas lo demuestran. El escándalo de las «hipotecas podridas» (*subprimes*) ya había sido señalado y develado en el verano de 2007. Era algo sabido por todos. Así como el exceso de liquidez orientada a la especulación y la explosión irracional de los precios inmobiliarios.

Todas estas alertas habían sido dadas sin que las autoridades responsables se inmutaran. Seguramente, el crimen beneficiaba a demasiados individuos. O bien la ideología los enceguecía. ¿Cómo explicar, si no, las previsiones erróneas de establecimientos financieros prestigiosos? Tomemos, por ejemplo, a Crédit Suisse, UBS, Citigroup, J.P. Morgan, Deutsche Bank, Goldman Sachs o BNP Paribas, conocidos por su pericia en materia de Bolsa. Sus analistas estudian la evolución de los cursos de las acciones de más de 10.000 compañías cotizadas. Sin embargo, en junio de 2008, cuando el negocio de las *subprimes* había estallado hacía ya casi un año, apenas el 13% de los «expertos» recomendaba vender acciones. El resto no veía venir la crisis y seguía aconsejando comprar títulos...

En Europa, Jean-Claude Trichet, presidente del Banco Central Europeo, tampoco había visto llegar el sismo. En junio de 2008 declaraba:

Nuestro escenario base señala que tendremos un recorte en el crecimiento del área euro durante el segundo y tercer

trimestre de este año, para después retomar a la senda de un crecimiento moderado y progresivo en el cuarto trimestre.^[40]

En cuanto a la ministra de Economía de Francia, Christine Lagarde, será difícil olvidar su famosa metida de pata: «Pienso — declaraba el 20 de agosto de 2008— que ya hemos dejado atrás lo peor de la crisis». Hay que decir que, tres días antes, ya había afirmado: «Hay que mantener la cabeza fría, no es un crac». Una verdadera profetisa...

Entre los economistas estadounidenses, sólo dos de ellos (Nouriel Roubini^[41] y Paul Krugman) anticiparon el crac. Pero la mayoría de los otros siguió afirmando, con el apoyo de los grandes medios, que la empresa privada y el mercado podían arreglarlo todo.

Esta crisis es un fracaso de la supervisión, un fracaso de la regulación, un fracaso de la creencia de que el mercado puede regularse solo —se vio obligado a admitir el director general del FMI—, hay que cambiar el funcionamiento del sistema —agregó—, hay que cambiar las reglas del juego, hay que cambiar la regulación. La lección es que para hacer que el mercado funcione bien, se necesita de más Estado y de más poder público.^[42]

La administración del presidente George W. Bush se vio obligada a renegar del dogma neoliberal.

Los salarios de los ejecutivos recortados, las finanzas estigmatizadas, la economía de mercado criticada: la crisis provocó un gigantesco trompo ideológico —constata François Lenglet—. Como si, con los crujidos del sistema bancario mundial, se terminara un gran ciclo liberal. Un ciclo como los ya conocidos por el capitalismo, que se interrumpen siempre de la misma forma, con un estrepitoso crac financiero.^[43]

De los «paracaídas dorados» al derrumbe de los fondos de pensión.

Mientras el mundo se hunde en la crisis del siglo, los ejecutivos de muchas instituciones financieras siguen cobrando incentivos y salarios pasmosos. Y presidentes de bancos o grandes empresas, incluso después de sufrir pérdidas importantes, dejaban sus compañías con bonificaciones de despedida («paracaídas dorados») de montos demenciales. Porque el modo de remuneración, en particular de los *traders*, funcionó como un verdadero reto: más riesgos corrían, más elevadas eran sus remuneraciones. Encaso de pérdidas, quienes debían sufrirlas eran los clientes. Ellos salían ganadores en todos los *rounds*. Así, por ejemplo, cinco trimestres consecutivos de pérdidas y una caída del 70% del valor de sus acciones no impidieron que el banco neoyorquino Merrill Lynch remunerara a sus ejecutivos, en diciembre de 2008, con alrededor de 5,4 millones de euros en bonificaciones. Goldman Sachs y Morgan Stanley, quienes perdieron su *status* de banco de negocios, pagaron 10,4 millones. Algunos ejecutivos de Lehman Brothers, que sin embargo quebró, cobraron, a fines de 2008, la misma bonificación que el año anterior.

En promedio, en 2008, Goldman Sachs pagó 163.000 euros a cada uno de sus empleados; Morgan Stanley, 106.000; y Merrill Lynch, 85.000. Entre 2003 y 2007, según la agencia Boomborg, estos bancos y la Bear Stearns pagaron a sus ejecutivos, como complemento de sus salarios, unos 116.000 millones de euros...

Pero las ganancias de los altos ejecutivos eran aún más delirantes. Al respecto, Richard Fuld, ex presidente de Lehman Brothers, el banco cuya quiebra no pudo evitar, es todo un símbolo. Se sospecha que en tres años ganó 340 millones de euros...^[44]

Los banqueros no eran los únicos en beneficiarse con salarios astronómicos: todo el sistema era permisivo y complaciente, se motivaba y celebraba el enriquecimiento personal. También en la industria dominaban la codicia y el afán de ganancias. Así, por ejemplo, mientras que el sector automotriz atraviesa uno de los

períodos más difíciles de su historia, en diciembre de 2008 se supo que el presidente de Porsche, Wendelin Wiedeking, habría recibido durante el ejercicio fiscal 2007-2008 más de 77 millones de euros. Es decir, más que los ingresos acumulados de los catorce empresarios mejor pagados del DAX, el índice estrella de la Bolsa de Frankfurt, o, en otras palabras, un promedio de 21.346 euros la hora...^[45]

Mientras tanto, en Estados Unidos, los fondos de retiro se reducían en unos dos billones de dólares, según Peter Orszag, director de la Oficina del Presupuesto del Congreso (CBO), quien consideraba que los trabajadores que dependían de fondos privados para su jubilación serían muy afectados por el derrumbe de los valores bursátiles y probablemente se verían «obligados a postergar su retiro». Debido al crac financiero, muchos empleados se dan cuenta de que su jubilación será más baja que lo previsto. Según Henri Sterdyniak, del Observatorio Francés de Coyunturas Económicas (OFCE), estos empleados «van a verse obligados a trabajar más tiempo o a jubilarse más adelante. La crisis justifica todos los temores que se podían tener sobre el sistema de capitalización».^[46]

Tal debacle se produce en un momento de vacío teórico de las izquierdas europeas. Que vuelven a encontrarse carentes de un «plan B», para sacar partido del descalabro. En particular, la socialdemocracia —ella misma contaminada desde mucho tiempo atrás por las tesis neoliberales—, que parecía en estado de *shock*, pues la crisis la había tomado desprevenida, justamente cuando, más que nunca, había que dar muestras de audacia y creatividad.

El derrumbe del dogma neoliberal deja desamparada a la mayor parte de los responsables políticos. El espectáculo patético de líderes que, de una orilla a otra del planeta, multiplican las reuniones y los planes de rescate, da una idea de su pánico y desamparo. La clase política estadounidense carga con la mayor responsabilidad. Porque, en nombre de sus creencias ideológicas, autorizó a los bancos a

trabajar en condiciones de absoluta irresponsabilidad y apoyó un sistema que enriqueció a los especuladores.

SOCIALISMO PARA LOS RICOS

En Europa y en Estados Unidos, los bancos suplicaron, masivamente, que interviniera el Estado. Se nacionalizaron las principales entidades norteamericanas de crédito inmobiliario, Gannie Mae y Freddie Mac. Al igual que el American International Group (AIG), que es la mayor compañía de seguros del mundo. Y el secretario del Tesoro, Henry Paulson, propuso un plan de rescate para purgar el sistema de los títulos *subprime*, por una suma de 500.000 millones de euros, a financiarse por el Estado. Es decir, por los contribuyentes estadounidenses.

Esos 500.000 millones de euros vienen a agregarse a las intervenciones ya realizadas por las autoridades norteamericanas en pocos meses. Si se agregan los préstamos de la FED al sistema bancario (167.000 millones de euros), los rescates de Bear Stearns, Fannie Mae, Freddie Mac y el de AIG (242.000 millones), el apoyo de los fondos de ahorro (39.000 millones) y las ayudas a los propietarios endeudados (231.000 millones), se alcanza un total de... icasí 1,2 billones de euros!

Esta solución de inyectar dinero público a cambio de la nacionalización parcial o total de algunos bancos habría sido calificada como herética hace apenas unos pocos meses por las mismas autoridades que hoy las ponen en marcha. Una retractación tan brutal traduce muy bien la gravedad de la crisis.

Pruebas del fracaso del modelo, estas intervenciones de los estados —los más importantes, en volumen, de la historia económica— prueban que los mercados no pueden autorregularse. Su propia voracidad los conduce a la autodestrucción. Por lo demás, el desvío del dogma neoliberal llevado adelante por las autoridades no apunta justamente a ayudar a los ahorristas víctimas de los

banqueros sino, por el contrario, ía salvar a estos últimos! Clara aplicación del viejo credo liberal: privatizar las ganancias, pero socializar las pérdidas. Se hace que los pobres paguen las excentricidades de los bancos, amenazándolos, en caso de que se negaran a pagar, con empobrecerlos aún más.

A pesar de algunas reticencias del Congreso, la administración estadounidense no reparó en gastos cuando hubo que salir al rescate de los «*banksters*» (banqueros gangsters). En la primavera de 2008, el presidente Bush se había negado a afirmar una ley que ofrecía, por un monto anual de 6.000 millones de euros, una cobertura médica a nueve millones de niños pobres. Un «gasto inútil», según él. Seis meses después, para ayudar a los rufianes de Wall Street, nada le parecía suficiente. Es el mundo del revés: el socialismo para los ricos y el capitalismo salvaje para los demás.^[47]

SEGUNDA PARTE

LOS DESAFÍOS, LOS PELIGROS, LAS PERSPECTIVAS

I. La Tierra, los recursos, los hombres

II. Nueva economía, nueva geopolítica

Perspectivas

I

LA TIERRA, LOS RECURSOS, LOS HOMBRES

SALVAR AL PLANETA

Desde comienzos de los años ochenta se sucedieron escándalos, quiebras fraudulentas, cracs bursátiles y crisis sociales en todo el planeta. Esto también agravó la depredación ecológica.

Ya en 1992, los líderes del mundo reunidos en Río de Janeiro, Brasil, en el marco de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, afirmaban que:

La causa principal de la degradación continua del medio ambiente mundial es un esquema de consumo y de producción no viable, en particular en los países industrializados, que es extremadamente preocupante en la medida en que agrava la pobreza y los desequilibrios.^[1]

Se había dado la voz de alarma: el clima se había recalentado, el agua dulce comenzaba a escasear, los bosques desaparecían, cientos de especies vivas estaban en vías de extinción, la pobreza asolaba a 1.000 millones de seres humanos... Se habían realizado dos convenciones decisivas sobre el cambio climático y la biodiversidad, y se había adoptado un plan de acción —llamado *Agenda 21*— para generalizar el desarrollo sustentable.

Éste se apoya en una idea simple: el desarrollo es sustentable si las generaciones futuras heredan un medio ambiente cuya calidad es al menos igual al que recibieron las generaciones precedentes.^[2] Este desarrollo supone la aplicación de tres principios: el principio de precaución, que favorece un enfoque preventivo más que reparador; el principio de solidaridad entre las generaciones actuales y futuras, y entre todas las poblaciones del mundo; y el principio de participación de todos los actores sociales en los mecanismos de decisión.^[3]

Estas buenas intenciones fueron seguidas por pocos resultados. Casi veinte años después, en muchos ámbitos, las cosas están lejos de haber mejorado, muy al contrario. Con la aceleración de la globalización neoliberal, se reforzó el «esquema de consumo y de producción no viable». Las desigualdades alcanzaron niveles nunca antes conocidos desde el tiempo de los faraones. La fortuna de los tres individuos más ricos del planeta supera los ingresos acumulados de la totalidad de los habitantes de los cuarenta y ocho países más pobres...

El mancillamiento ecológico del mundo rico en la biosfera también se ha acrecentado. Mientras que los treinta países más desarrollados representan el 20% de la población mundial, producen y consumen el 85% de los productos químicos sintéticos, el 80% de la energía fósil, el 40% del agua dulce. Y sus emisiones de gases de efecto invernadero por habitante, comparadas con las de los países del Sur, son diez veces más elevadas...^[4]

Durante la década de 1995-2005, las emisiones de gas carbónico (CO₂), principal causa del calentamiento climático, aumentaron un 9%... Las de Estados Unidos, primer contaminador del planeta, crecieron, durante el mismo período, un 18%... Mientras tanto, más de 1.000 millones de personas siguen sin disponer de agua potable y cerca de 3.000 millones (la mitad de la humanidad) consumen agua de mala calidad. Por la ingestión de este agua contaminada, mueren 30.000 personas por día.

LA HUMANIDAD EN PELIGRO

Durante mucho tiempo negada o minimizada, la cuestión ecológica, vuelve a ocupar el centro de las preocupaciones de los ciudadanos.

Es cierto que, al comienzo, estuvo el incansable trabajo de alerta realizado por organizaciones ecologistas en base a informes científicos. En particular, el de los pensadores, fundadores de la ecología moderna, agrupados con el nombre de «Club de Roma». En 1970, publicaron un informe inaugural que despertaría las conciencias planetarias.^[5]

Ya en 1974, René Dumont, primer candidato ecologista francés en una elección presidencial, había hecho que toda una nueva generación tomara conciencia de los límites de los recursos naturales y de los riesgos de un crecimiento económico exponencial. Luego llegó el decisivo «Informe Brundtland», publicado en 1987 con el título de *Nuestro futuro común*^[6] por la Comisión Mundial para el Medio Ambiente y el Desarrollo, que presidía Gro Harlem Brundtland.

Este informe introducía el concepto de «desarrollo sustentable», que luego se volvió tan familiar. La toma de conciencia colectiva se aceleró luego con la antes mencionada primera Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro, en 1992. En aquella ocasión, también nos enteramos de que la población mundial crece a un ritmo sin precedentes. Somos 6.500 millones y esta cifra no se estabilizará sino hacia 2050 en alrededor de 10.000 millones...

Pero si todos los humanos dispusieran del nivel de consumo de los más ricos, el planeta apenas podría satisfacer las necesidades de unos 600 millones de personas: los recursos no son inagotables. En nombre de una confusión entre crecimiento y desarrollo, se prosigue con la destrucción sistemática de los ámbitos naturales, tanto en el Norte como en el Sur. Se suceden saqueos de todo tipo, infligidos a la fauna, la flora, los suelos, las aguas y la atmósfera. Despilfarro energético, urbanización galopante, deforestación tropical, contaminación de las capas freáticas, los mares y los ríos,

empobrecimiento de la capa de ozono, lluvias ácidas, etcétera. Todo esto pone en peligro el futuro de la humanidad.

VERDADES QUE INCOMODAN

Aunque conocidas, estas informaciones no parecen haber producido un impacto colectivo sino hasta muy recientemente. Gracias, en particular, a la película *Una verdad incómoda*, del ex vicepresidente de Estados Unidos, Al Gore. Éste nos recordó que la acumulación de los gases de efecto invernadero podría conllevar un recalentamiento de 1 a 2 grados de la temperatura promedio del planeta y tilla elevación de 0,2 a 1,5 metros del nivel de los océanos. El CO₂, resultado de las actividades humanas desde comienzos de la era industrial, es responsable del 65% del recalentamiento climático. Ahora bien, con el aporte de gigantes como China o India, el CO₂ aumenta cada año en alrededor de 8.000 millones de toneladas.

La amplitud y la duración futuras del aumento de las temperaturas dependerán de las cantidades de gases de efecto invernadero que sigamos emitiendo, pues las perturbaciones climáticas son más pronunciadas a medida que aumenta la temperatura. Este incremento puede estar acompañado de una frecuencia y una violencia exacerbadas por fenómenos meteorológicos extremos (tormentas, diluvios, ciclones, olas de calor, sequías, desertificaciones) y una progresiva desregulación climática extendida a todo el planeta. Si no finalizan las emisiones de gases de efecto invernadero, los desastres podrían ser de una gravedad inconcebible.

La Conferencia de Berlín sobre el clima ya había ratificado, en abril de 1995, la idea de que el mercado, en tiempos del neoliberalismo, no está en condiciones de responder a los riesgos globales que pesan sobre el medio ambiente. Hoy es imperativo proteger la biodiversidad, la variedad de la vida, por medio del desarrollo sustentable. Los países ricos —y en particular Estados

Unidos y China, responsables de la mitad de las emisiones de gas carbónico de los países industrializados— están obligados a respetar los acuerdos suscritos en la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro de 1992.

Si bien la Unión Europea se pronunció a favor de una reducción de los gases de efecto invernadero para el año 2010, la administración norteamericana del presidente George W. Bush siguió arrastrando los pies y se negó a ratificar (el nuevo presidente Barack H. Obama prometió hacerlo) el Protocolo de Kioto que entró en vigencia en febrero de 2005, que obliga a los treinta y ocho países industrializados a reducir en 2012 las emisiones de CO₂ en un 5,2% respecto de las de 1990.

Pero el cambio en la opinión pública, asustada por la multiplicación de las catástrofes naturales, empuja a los gobiernos — incluso a las más reticentes— a apostar a soluciones energéticas de recambio. Sobre todo porque el fin de los hidrocarburos parece ineluctable y porque los estados ricos, por razones políticas y no ecológicas, preferirían reducir su dependencia energética respecto de grandes países petroleros como Rusia, Arabia Saudita, Irán, Iraq o Venezuela.

SIETE DECISIONES URGENTES

Cambiar de modelo energético sin modificar el modelo económico liberal sólo servirá para desplazar los problemas ecológicos. Sin resolverlos. A riesgo de agravarlos. Para salvar al planeta, resulta imperativo imponer a todos los poderosos de este mundo la adopción de al menos siete medidas capitales: 1) un programa internacional en favor de las energías renovables, centrado en el acceso a la energía en los países del Sur; 2) decisiones en favor del acceso al agua y su saneamiento envistas a reducir a la mitad, de aquí a 2015, el número de personas privadas de este recurso vital que es un bien común de la humanidad; 3)

leyes para proteger las selvas, como prevé la convención sobre la biodiversidad adoptada en Río de Janeiro en 1992; 4) resoluciones para poner en funcionamiento un marco jurídico que instituya la responsabilidad ecológica de las empresas y reafirme el principio de precaución como previo a toda actividad comercial; 5) iniciativas para subordinar las reglas de la OMC a los principios de las Naciones Unidas para la protección de los ecosistemas y a las normas de la Organización Internacional del Trabajo (OIT); 6) reglamentos para exigir a los países desarrollados que se comprometan a dedicar un máximo de 0,7% de su riqueza a la ayuda pública y al desarrollo; y 7) recomendaciones para la supresión de la deuda de los países pobres.

Al destruir el mundo natural, los hombres volvieron la Tierra menos habitable. Hay que intentar invertir las tendencias que pueden conducir fatalmente a la catástrofe ecológica integral. Un desafío crucial que hay que ganar, porque si no, el propio género humano estará amenazado de extinción.

El contexto sería propicio, pues, para un cambio de modelo energético, que las industrias del Norte parecen haber percibido primero, y que, con la perspectiva de formidables ganancias, promete desencadenar un nuevo ciclo económico, el de la economía verde.^[7]

Pero ¿realmente logrará salir triunfante el medio ambiente? No es seguro, porque ya se anuncia la construcción de cientos de nuevas centrales nucleares, que, al ID que no producen CO₂, implican otros peligros no menos mortales.

La apuesta por los agrocarburos, bien recibida en un primer momento, también comienza a mostrar efectos perversos. Primero, porque permiten —con las mejores intenciones— mantener, e incluso intensificar el nefasto modelo del auto o el camión omnipresentes, con el pretexto que los vehículos contaminarán menos. Luego, desencadenan una especulación desenfrenada por los productos alimentarios de base, como el azúcar o el maíz, que sirven para producir el etanol. Los precios del trigo y la cebada aumentaron un

70% u 80% en 2008 y los del maíz se duplicaron. El alza de la demanda mundial de agrocarburos obliga a aumentar entre un 20% y un 30% las superficies cultivables. Lo cual es imposible, salvo que se provoquen deforestaciones extraordinarias en Amazonia o en la cuenca del Congo...^[8]

PROTESTAS DEL HAMBRE

En más de treinta y siete países, la inseguridad alimentaria provocó protestas en 2007-2008. Las primeras tuvieron lugar en México, por el aumento exagerado del precio del maíz. También en Birmania, la insurrección de los monjes budistas, en septiembre de 2007, había comenzado por manifestaciones contra el coste de los alimentos. Y en la primavera de 2008, asistimos a protestas en diversas ciudades de Egipto, Marruecos, Haití, Filipinas, Indonesia, Pakistán, Bangladesh, Malasia y, sobre todo, África occidental (Senegal, Costa de Marfil, Camerún, Burkina Faso).

Son los más pobres quienes se rebelan, y solamente en las aglomeraciones urbanas. Algunos, desesperados, en Somalía o en el Golfo de Guinea, no dudan en lanzarse a la piratería para apoderarse de cargueros cargados de riquezas.^[9] Los campesinos, por el momento, no se han sublevado, ni tampoco las clases medias. Pero tanto unos como otras lo harán si los precios de la comida siguen aumentando. Sin embargo, la paradoja es que la producción agrícola nunca fue tan abundante. El actual fervor de los precios no se debe a la escasez, sino a otros factores —en particular a la especulación, que, al huir del sector inmobiliario y de las bolsas, vuelve a abatirse sobre los productos alimenticios y empuja artificialmente los precios.

Así pues, podría haber nuevas protestas, y durante un largo período, con el riesgo de traducirse en nuevas olas de emigración hacia los estados desarrollados del Norte. En efecto, el alimento representa hasta el 75% de los ingresos de las familias de los países pobres, frente a sólo el 15% en los países ricos.

Para prevenir eventuales tumultos, algunos gobiernos tomaron medidas: Kazajistán, por ejemplo, suspendió todas las exportaciones de trigo, e Indonesia decidió limitar las de arroz; Filipinas declaró una guerra impiadosa contra los especuladores, y Argentina, Vietnam y Rusia restringieron sus ventas de trigo, arroz y soja al extranjero.

Pero los precios siguieron trepando. Entre marzo de 2007 y mayo de 2008, la leche aumentó un 80%, la soja un 87% y el trigo un 130%. El Banco Mundial, que carga con una pesada responsabilidad en este asunto, afirma que estos aumentos empujaron a la miseria a más de cien millones de personas. Y el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola calcula que, por cada aumento del 1% del coste de los alimentos de base, 16 millones de personas más caen en la inseguridad alimentaria. Prevé que, de aquí a 2025, más 1.200 millones de individuos podrían sufrir hambre crónica.

¿Porqué se encendió así el coste de los alimentos? Esencialmente por cuatro razones. En primer lugar, como ya se ha dicho, a causa de la especulación financiera. Al huir de la crisis de las *subprimes*, los fondos de inversión apostaron a los productos alimenticios. Son valores refugio. Los fondos compraron y almacenaron apostando al alza. Se calcula que alrededor del 10% de los aumentos de precios se debieron a la especulación. A semejanza de los eternos prevaricadores, los nuevos especuladores no dudaron en enriquecerse, a riesgo de provocar hambrunas.

En segundo lugar, porque el incremento del nivel de vida en países como China, India o Brasil modificó los hábitos alimentarios. Las nuevas clases medias consumen con mayor frecuencia pollo o cerdo. Por lo tanto, hay que duplicar o triplicar su cría. Ahora bien, estos animales se alimentan con soja, maíz y otros cereales y por tanto absorben una parte cada vez más importante de las cosechas. Como la población mundial seguirá creciendo, y como el poder de compra en esos países «emergentes» también aumentará, la demanda de cereales va a explotar. Nos encaminamos, pues, hacia un cambio estructural, que el pensador ecologista Lester Brown

expresa así: «Cuando los chinos consuman la misma cantidad de carne que los estadounidenses, absorberán el 50% de los cereales del mundo».^[10]

En tercer lugar, porque una parte de la producción alimenticia (caña de azúcar, girasol, colza, trigo, remolacha) hoy se destina a la producción de agrocarburos. Las tierras y los cultivos dedicados a esta actividad ya no proveen alimento para los seres humanos. Y esto también va a agravarse. La Unión Europea decidió que el 10% del total de los hidrocarburos que se consuman de aquí a 2020 deberán ser agrocarburos. Y el nuevo presidente de Estados Unidos, Barack Obama exige el 15% de aquí a 2017. A tal punto esto es así que países como Senegal o Indonesia eligieron producir más agrocarburos que alimentos. El FMI, en parte responsable de esta situación, afirma que entre el 20% y el 50% de la cosecha mundial de maíz y colza ya fueron derivados a la elaboración de carburantes.

En cuarto lugar, porque, en un contexto de cambio climático, el alza del precio del petróleo había encarecido los transportes y, en consecuencia, el coste del alimento. Para controlar la crisis financiera, los bancos centrales, los gobiernos y las grandes instituciones no dudaron en verter muy rápidamente cientos de miles de millones de euros. Pero, para reducir la crisis alimentaria, la movilización internacional sigue siendo tímida. Salvar los bancos y el sistema financiero se presenta como un imperativo ante la mirada de los partidarios del orden neoliberal, pero salvar millones de vidas humanas parece menos urgente. La crisis sirve como pretexto para reducir la ayuda al desarrollo.

Vamos hacia años sombríos —reviene Donald Kaberuka, presidente del Banco Africano de Desarrollo—, si alguna vez la ayuda al desarrollo debiera ser considerada como un gasto no prioritario.^[11]

Los países ricos se habían comprometido, hace mucho tiempo, a dedicar el 0,7% de su producto interior bruto a la ayuda de los países pobres. Pocos son los que cumplieron esta promesa. Incluso el total de la ayuda disminuyó, en 2007, en un 8,4%. Y la asistencia a la agricultura de los países del Sur se redujo, en las dos últimas décadas, en un 50%... ¿Cómo asombrarse entonces por la proliferación de las protestas? ¿Qué esperamos para crear, finalmente, un Fondo Mundial contra el Hambre?

SOCIAL-LIBERALISMO

Frente a tantas urgencias, la izquierda, especialmente en Francia, genera poco entusiasmo popular. Sin embargo, la condición social no ha dejado de degradarse. Explica Pierre Ruscassie:

En 1980 la división del valor agregado se establecía, en Francia, en un 69% para los salarios y en un 31% para las ganancias. Para reducir el porcentaje de los salarios en el valor agregado y quebrar la inflación de los precios —con la que los empresarios respondían a los aumentos de salarios—, los líderes políticos, convertidos al pensamiento único, destinaron los incrementos de productividad sólo a las ganancias. [...] Esta política de desocupación, precariedad y reducción del gasto público da como resultado el crecimiento de la miseria, un coste social enorme y un importante descenso del porcentaje de los salarios, que volvió a su nivel de 1960: en 1995, ya sólo constituía el 60% del valor agregado sin impuestos, por ende, los beneficios ascendían al 40%^[12].

Ante estos datos impactantes, la izquierda parece estar averiada, con un aparato decadente, sin organización ni verdadero programa, sin doctrina, sin brújula ni identidad.

Sin embargo, la gran protesta de los trabajadores ferroviarios en Francia, en noviembre y diciembre de 1995, apoyada por la mayoría de los trabajadores y algunos intelectuales —en particular por Pierre Bourdieu—, demostró que los franceses eran conscientes de los peligros que implicaba la globalización para el modelo social.

Pero cada nueva elección ha venido demostrando que la izquierda francesa ya no sabía dirigirse a los millones de electores víctimas de las brutalidades del mundo posindustrial que creó la globalización liberal. Y se revelaba incapaz de sentir ese «sufrimiento de la sub-Francia», según la expresión del periodista Daniel Mermet: esa multitud de obreros descartables, desclasados de los suburbios, desempleados endémicos, «erremistas»,^[*] excluidos, jubilados en plena edad activa, jóvenes precarizados, familias modestas amenazadas por la pobreza. Todas esas capas populares víctimas del *shock* neoliberal... Y hoy angustiadas por las consecuencias de la crisis de 2008.

Navegando a ciegas, obsesionada por la urgencia, la izquierda parece desprovista de una hoja de ruta y carente de base teórica, a menos que llamemos «teorías» a esos catálogos de renunciamientos que son *La tercera vía*, de Anthony Giddens, ex consejero de Tony Blair, o *Le bon choix*, de Bodo Hombach, durante mucho tiempo inspirador de Gerhard Schröder.

La izquierda, que gobierna varios grandes países europeos —el Reino Unido, Alemania (en coalición), España, Portugal—, también favoreció las privatizaciones, la reducción del presupuesto del Estado, el desmantelamiento del sector público, sin dejar de animar las concentraciones y las fusiones de firmas gigantes. Aceptó, sin mayores culpas, convertirse al social-liberalismo. Y ya no tiene como prioridad objetivos tales como: el pleno empleo, la defensa de las ayudas sociales, la reactivación de los servicios públicos o la erradicación de la miseria para responder al desamparo de los 18 millones de desempleados y los 40 millones de pobres que existen en la Unión Europea.

Entre las decepciones del sueño socialista y los escombros de nuestras sociedades desestructuradas por la barbarie neoliberal, ¿hay espacio para una nueva utopía social? Muchos ciudadanos desearían ver que la izquierda se recuperara e aportara ideas sólidas para hacer descarrilar a la maquinaria neoliberal. Al crecer la indignación social provocada por los efectos de la crisis actual, en varios países, y no solamente en Grecia, los trabajadores comienzan a movilizarse. En todas partes se siente el deseo de actuar colectivamente. Cada uno experimenta la necesidad de reintroducir lo colectivo portador de futuro.^[13] Y el {mico futuro aceptable es el que pueda edificarse sobre un proyecto político cuya preocupación central sea precisamente la cuestión social.

LA CUESTIÓN SOCIAL

Olvidada durante mucho tiempo, la cuestión social ha vuelto a colocarse gracias a esta crisis financiera global en el centro del debate político. A escala mundial, la pobreza sigue siendo la norma, y el desahogo económico, la excepción. Las desigualdades se convirtieron en una de las características estructurales de la era neoliberal. Y se agravan, alejando cada vez más a los ricos de los pobres. Las 225 fortunas más grandes del mundo representan un total de más de un billón de euros, es decir, un equivalente al ingreso anual del 47% de los individuos más pobres de la población mundial (¡2.500 millones de personas!). Unos pocos individuos son más ricos que estados enteros.

En varios países (Somalia, Pakistán, Iraq, Congo), se desarrollan entidades caóticas ingobernables, que escapan a toda legalidad y hunden a las sociedades en un estado de violencia. La fuerza le gana entonces al derecho. Esto aporta un nuevo pretexto —además del de la lucha contra el terrorismo— a Estados Unidos y sus aliados para multiplicar las intervenciones militares.

Contra el regreso de la violencia de Estado y el escándalo de las desigualdades, en muchos países los ciudadanos multiplicaron las movilizaciones, convencidos de que el objetivo de la globalización liberal es la destrucción de lo colectivo, la apropiación por parte del mercado y el sector privado de las esferas pública y social. Y decidieron oponérseles. Afirman que la sociedad del dinero y las ganancias, la sociedad de los egoísmos, debe ser superada, y desean construir una alternativa a la mercantilización del mundo. No necesariamente buscan conquistar el poder, sino construir una nueva forma de emancipación multiplicando las solidaridades concretas y reclamando la gratuidad de algunos «bienes comunes», como el agua potable, la electricidad, los transportes públicos, la salud y la educación.

Si luchas como las de los zapatistas en Chiapas o las de los «Sin Tierra» en Brasil resultan interesantes, no es solamente porque se relacionan con la no violencia, sino porque aparecen como una rehabilitación de la comunidad, de lo colectivo, bajo una forma no restrictiva. Estas luchas vuelven a dar un sentido a la solidaridad, al intercambio y al compartir. Sus propulsores buscan iniciativas para restablecer el contrato social contra el contrato privado. Y se resisten a admitir que sea necesario un nuevo ciclo de revoluciones violentas —como las de los siglos XIX y XX— para detenerla aplanadora de la globalización neoliberal.

¿Pueden las sociedades democráticas tolerar mucho tiempo lo intolerable? Es urgente arrojar granos de arena en los engranajes devastadores de los movimientos de capitales. En particular de tres maneras: la supresión de los «paraísos fiscales», el aumento de los impuestos a los ingresos del capital y la aplicación del impuesto a las transacciones de divisas (tasa Tobin) y, de un modo general, a todas las transacciones financieras.

Hasta los «nuevos dueños del mundo», reunidos en Davos, declararon recientemente que «se está reflexionando seriamente sobre cómo modificar, en un sentido más democrático, las normas y los procedimientos de funcionamiento de la globalización».

Porque la aplicación de las políticas neoliberales se tradujo, por ejemplo, en un espectacular aumento de los accidentes laborales. Un informe^[14] publicado por la OIT, pero ocultado por los medios masivos, denunció que, anualmente, en el mundo, 270 millones de trabajadores son víctimas de accidentes laborales y que 160 millones contraen enfermedades profesionales. El estudio revelaba que el número de trabajadores que mueren por año en el ejercicio de su oficio superó los dos millones... Cada día, por tanto, el trabajo mata a 5.000 personas... «y estas cifras —señala el informe— están por debajo de la realidad».^[15]

En Francia, según la Caja Nacional de Seguridad en Salud (CNAM), cada año el trabajo mata a alrededor de 780 trabajadores (imás de dos por día!). Allí también, «las cifras están subcalculadas». Y hay alrededor de 1,35 millones de accidentes laborales,^[16] lo cual corresponde a 3.700 víctimas por día, es decir: ocho heridos por minuto en una jornada de ocho horas... Este sufrimiento silencioso se llamaba antes «impuesto de la sangre».^[17]

Mientras que las clases medias se empobrecieron, la riqueza no deja de concentrarse en la punta de la pirámide: hace treinta años, el presidente de una empresa ganaba alrededor de cuarenta veces el salario promedio de un trabajador. En 2002, ganaba mil veces más...^[18]

Se considera normal que en Francia dos trabajadores por día pierdan su vida en el trabajo, y que se sacrifiquen otros ocho por minuto en favor del bienestar de las empresas. Pero no que éstas, ni el capital, tengan mayor participación en las pensiones del personal. ¿Cómo no comprender el enfado de los trabajadores?

II NUEVA ECONOMÍA, NUEVA GEOPOLÍTICA

¿DECADENCIA DE ESTADOS UNIDOS?

Vivimos un momento histórico. Ante nuestras miradas se derrumba no sólo un modelo de economía sino también un estilo de gobierno, lo cual modifica el *leadership* de Estados Unidos en el mundo, y en particular su hegemonía económica. Sus finanzas dependen de que siga habiendo fuertes entradas de capital extranjero. Y los países de donde proviene ese dinero (China, Rusia, petromonarquías del Golfo) ahora podrían pesar en su destino.

En 2006, China y Medio Oriente financiaron, en partes iguales, el 86% del déficit de los grandes países industrializados. Se calcula que en 2013 el excedente chino de divisas podría ser más importante que la totalidad de los déficits acumulados de los países desarrollados occidentales. Ya China acaba de aventajar a Japón entre los tenedores de partes de la deuda norteamericana.^[1] Lo cual otorga a Pekín un papel decisivo en el mantenimiento de la estabilidad del sistema financiero internacional. ¿Qué exigirá China como contrapartida? ¿Concesiones en conflictos como los de Taiwán o el Tíbet?

La historia nos enseña que la decadencia económica siempre anuncia el comienzo del ocaso de los imperios.^[2] Ahora debilitada, ¿podrá la economía de Estados Unidos seguir asumiendo los gastos astronómicos de la guerra de Iraq? Como se sabe el coste colosal del

conflicto de Vietnam condujo al presidente Richard Nixon a dar rienda suelta a la inflación y a poner término a la paridad dólar-oro, lo cual conllevó el fin de los acuerdos de Bretton-Woods.

Gracias a la enorme inversión que exige, la guerra de Iraq ya ha provocado una transferencia de riquezas desde Estados Unidos hacia otras potencias. La influencia de los fondos soberanos y de China ha sido reforzada. La crisis actual acentúa este movimiento y confirma un reequilibramiento fundamental: el centro de gravedad del mundo se desplaza hacia Asia.

Con consecuencias en cascada, como lo señala el ensayista británico John N. Gray:

Sí Estados Unidos se retira de Iraq, Irán aparecerá como el vencedor regional. ¿Cómo reaccionará entonces Arabia Saudí? ¿Habrá más o menos probabilidades de una acción militar para impedir que Irán obtenga armas nucleares?^[3]

La guerra en Georgia, en agosto último, demostró que Rusia puede volver a dibujar el mapa del Cáucaso Sur sin que Washington tenga los medios para oponerse.

En materia de política interior, George Bush contribuyó, al acentuar la política de desregulación, al sobreendeudamiento de sus conciudadanos y, por ende, al debilitamiento estructural de la economía norteamericana. Aunque esto favoreció el crecimiento mundial, que va a contraerse fuertemente debido al empobrecimiento de los estadounidenses por la crisis. «Los gastos de los hogares norteamericanos representan una cuarta parte de la demanda mundial —previene Agnès Benassy-Quéré— y ninguna otra zona es capaz hoy de tomar el relevo».^[4]

Durante su presidencia, el déficit presupuestado aumentó con mayor rapidez que en cualquier otro período de la historia reciente. Y el incremento de la deuda nacional, que alcanzó los 7,7 billones de

euros, también debilitó la economía. Así pues, toda la política económica y social de los años Bush se reveló desastrosa.

Otro reproche que los norteamericanos hacen a Bush es que las desigualdades sociales se acrecentaron enormemente durante los ocho años de su presidencia. En 2006, por ejemplo, según las cifras del propio gobierno, el 1% de la población más rica acaparó el 22% de la riqueza nacional, lo cual constituye el porcentaje más elevado registrado en Estados Unidos desde 1929. Mientras que el nivel de ingreso de las clases medias sólo aumentó el 6% desde la década de 1980, el enriquecimiento del 1% de la población más rica (durante los últimos veintiséis años) creció un 229%.^[5]

OBAMA

¿Puede cambiar esto con la elección de Barack Obama? Su singular biografía, su andar elegante, sus excepcionales cualidades de orador y sus dones de líder carismático lo convirtieron, en poco tiempo, en una estrella política admirada por la opinión pública mundial. Por primera vez, un presidente de Estados Unidos es popular en zonas como el mundo árabe-musulmán, el África subsahariana y América Latina. Regiones donde, por razones históricas, suele existir una desconfianza bastante generalizada respecto del Tío Sam. Dentro y fuera de Estados Unidos, muchos intelectuales habitualmente críticos también celebraron su elección.

Nelson Mandela, primer presidente negro de Sudáfrica, en su mensaje de felicitaciones, declaró:

Estamos convencidos de que usted finalmente logrará realizar nuestro sueño de hacer de los Estados Unidos de América un socio de pleno derecho en una comunidad de naciones, que se dedica a la paz y a la prosperidad para todos.^[6]

Tan grandes esperanzas no pueden sino decepcionar. Es por ello que Fidel Castro, basado en su experiencia de haberse relacionado con diez presidentes norteamericanos, sugirió que se moderaran las expectativas:

Sería bastante ingenuo creer que las buenas intenciones de una persona inteligente podrían cambiar lo que siglos de intereses y egoísmo han creado. La historia humana demuestra otra cosa.^[7]

Lo más duro para Obama queda por hacer. Primero, porque su mandato comienza en medio del peor crac económico de los últimos cien años. Los estadounidenses esperan de él que los saque de esta imbricación de crisis (inmobiliaria, bancaria, bursátil) en la que los hundió la Administración Bush. Algunos también le suplican que evite el naufragio industrial de las automotrices (los *Big Three*: Ford, General Motors, Chrysler). Y que salve millones de empleos.

Además, él mismo prometió instaurar un sistema de salud universal que los cuarenta millones de norteamericanos desprovistos de seguridad social necesitan desesperadamente. Sin mencionar el trabajo de Hércules que será su proyecto de «Green New Deal», un ambicioso programa de desarrollo de nuevas tecnologías verdes para terminar con la dependencia del petróleo y volver obsoleto el uso de las energías fósiles (como cuando, hacia 1880, la electricidad reemplazó el carbón y el vapor).

Todo esto no se hará de la mañana a la noche. Costará muy caro y las ventajas no serán evidentes en el corto plazo. Es más, el equipo económico elegido por el nuevo presidente, donde podemos encontrar a personalidades ultraliberales en parte responsables de la crisis actual, como Robert Rubin, Laurence Summers o Timothy Geither, no puede tranquilizar a nadie.

Por lo demás, parece claro que la administración Obama será de centro derecha, es decir, más *a la derecha* que el Congreso. Lo cual permite presagiar tensiones mucho más fuertes que las previstas

entre el Legislativo y el Ejecutivo. En particular, los nuevos representantes demócratas expresarán las impaciencias de sus electores, duramente afectados por la crisis y muy irritados por las ayudas masivas volcadas por el Estado a banqueros cuyos salarios y bonificaciones no dejan de escandalizar.

El nuevo presidente tampoco tendrá las cosas fáciles en materia de política exterior. Allí también el equipo del que decidió rodearse para gobernar, con Hillary Clinton, Robert Gates y el general James Jones a la cabeza, parece muy conservador. Difícilmente este equipo pueda aplicar las ideas de cambio expresadas por Obama durante la campaña electoral. En pocas palabras, el entusiasmo del 4 de noviembre de 2008 podría transformarse muy rápidamente en decepción, frustración y cólera.

LA CHINA MEGAPOTENCIA

Pero es urgente, porque el desarrollo de China deja presagiar que los días de Estados Unidos como primera potencia económica están contados.

Si el modelo neoliberal fue tan poco discutido durante las últimas tres décadas, es en parte porque, muy rápidamente, éste fue adoptado por China, que oficialmente se seguía declarando comunista. Este país, coloso demográfico (1.350 millones de habitantes), inició su gran reforma económica luego de la muerte de Mao Tse Tung, en 1976, y sobre todo a partir de 1978, cuando Deng Xiaoping asumió el poder. Es decir, prácticamente en el mismo momento en que Margaret Thatcher en el Reino Unido y Ronald Reagan en Estados Unidos optaban por el modelo neoliberal.

La concepción china del desarrollo, fundada en la abundancia de una mano de obra dócil y mal pagada, el ingreso masivo de fábricas de montaje instaladas por firmas extranjeras, la exportación en grandes volúmenes de productos muy baratos y el flujo de inversiones en divisas, fue considerada durante mucho tiempo como

«bastante primitiva» y característica de un país atrasado dirigido con mano de hierro por un partido único.

Durante la década de los ochenta, China —que mantenía su identificación «comunista»— no sólo dejó de dar miedo, sino que además, en la euforia de la globalización liberal mercantil, fue presentada por cientos de firmas occidentales que relocalizaron allí sus fábricas (luego de echar a decenas de miles de empleados), como una verdadera ganga para inversores sagaces.

En poco tiempo, el Imperio del Centro se convertía en una potencia exportadora fenomenal, que dejó estupefacto al mundo al ponerse a la cabeza de los exportadores mundiales de textiles, calzado, productos electrónicos y juguetes. Los productos «*made in China*» invadieron el planeta (el excedente comercial de Pekín alcanzó, en 2007, un récord de 202.000 millones de euros, un aumento de alrededor del 50% en relación con el año 2006). Penetraron especialmente en el mercado de Estados Unidos, provocándole un desequilibrio gigantesco. Así, el excedente comercial de China con Estados Unidos pasó de 62.000 millones de euros en 2004 a 85.000 millones de euros en 2005. El comercio exterior chino se desarrolló, en promedio, a un ritmo anual de más del 30% durante los cinco años que siguieron a su adhesión a la OMC, en 2001.

Este furor exportador provocó un espectacular despegue del crecimiento que, desde hace dos décadas, supera cada año el 9%! Para millones de hogares, ese «comunismo de mercado» supuso también un aumento real del poder de compra y del nivel de vida.^[8]

Con ese mismo impulso, el Estado se lanzó a paso forzado hacia una modernización frenética del país, multiplicando la construcción en infraestructura: puertos, aeropuertos, autopistas, vías férreas, puentes, embalses, rascacielos, estadios para los Juegos Olímpicos de Pekín de 2008, instalaciones para la Exposición Universal de Shanghái en 2010, etcétera.

Esta masa demencial de obras y la fiebre consumista de los «nuevos ricos» chinos agregaron una nueva dimensión a la

economía: en muy poco tiempo, China, que aterrorizaba como potencia exportadora invasora, se convirtió también en un gigante importador cuya insaciable voracidad comienza a inquietar. Pekín pasó a ser el primer importador mundial de cemento, carbón, acero, níquel y aluminio. Y el segundo, importador de petróleo, después de Estados Unidos. En los mercados mundiales, estas compras masivas de materias primas provocaron una explosión de los precios. China ya es la tercera economía mundial. Alcanza a Alemania, en 2015 pasará la línea de Japón y se espera que supere a Estados Unidos hacia 2041.

La consigna de Deng Xiaoping («Enríquzcanse») fue acatada al pie de la letra. El número de ricos no deja de aumentar. China se coloca ya en la sexta posición mundial por el número de millonarios en dólares (habría unos 250.000).

Pero las políticas neoliberales del régimen también ahondan la fractura entre ricos y pobres. El crecimiento de las desigualdades se encuentra entre los más rápidos del mundo y divide a la población entre ganadores y perdedores. Hay 700 millones de pobres —iel 47% de la población!— que viven con menos de 2 euros por día y, entre ellos, 300 millones de «muy pobres», que disponen de alrededor de un euro por día.

En efecto, el milagro chino se basa en la represión y la explotación de su inmenso ejército de trabajadores. A menudo, trabajan entre 60 y 70 horas por semana y ganan menos que el salario mínimo. Más de 15.000 obreros mueren por año en accidentes laborales. Los conflictos sociales aumentan un 30% por año, al igual que el número de huelgas salvajes, las protestas de los pequeños campesinos y los escándalos del trabajo de niños esclavos.

LOS DESAFÍOS CLIMÁTICOS

Muy afectada por la actual crisis económica, China experimenta una clara disminución de sus exportaciones, lo cual ya ha provocado

el cierre de fábricas en el sur del país y la pérdida de decenas de miles de empleos. Para estimular la demanda interior y apoyar la actividad, las autoridades hicieron público, a comienzos de noviembre de 2008, un importante plan de saltavaje económico de dos años por 450.000 millones de euros. Un plan que interviene mientras la demanda mundial de bienes manufacturados, chinos — motor del desarrollo— disminuye y una vez que el crecimiento cayó, en el tercer trimestre de 2008, al 9%, su nivel más bajo en los últimos cinco años.

A esta preocupación se agrega el peligro de una catástrofe ecológica, que constituye uno de los problemas más urgentes. El propio ministro de Medio Ambiente, Pan Yue, admitió la amplitud del desastre:

Cinco de las diez ciudades más contaminadas del mundo se sitúan en China, un tercio de su territorio es regado por lluvias ácidas, la mitad del agua de nuestros siete mayores ríos es inutilizable, una cuarta parte de nuestros ciudadanos no tiene acceso al agua potable, un tercio de la población urbana respira un aire fuertemente contaminado, sólo una quinta parte de la basura de las ciudades se trata de manera ecológicamente sustentable. Debido a la polución del aire y el agua, gastamos el equivalente a entre el 8% y el 15% de nuestro producto interior bruto. Esto no incluye los costes sanitarios y humanos. Sólo en la ciudad de Pekín, entre el 70% y el 80% de los cánceres está ligado con el medio ambiente. El cáncer de pulmón se ha convertido en la primera causa de mortalidad.^[9]

Al no disponer del petróleo suficiente para satisfacer sus gigantescas necesidades, Pekín se verá obligado, de aquí a 2020, a duplicar su capacidad nuclear y a construir dos centrales atómicas por año durante dieciséis años... China, que ya es el segundo país más contaminador del planeta, se convertiría entonces, a pesar de

haber ratificado el Protocolo de Kioto en 2002, en el primer emisor de masas colosales de gases de efecto invernadero que agravarían el cambio climático.

En este tema, China constituye un caso de manual y se anticipa a la pregunta que en un futuro se planteará acerca de otros «gigantes del sur» (India, Brasil, México, Egipto, Nigeria, Sudáfrica, Indonesia, Pakistán, etcétera). ¿Cómo arrancar a miles de millones de personas de la miseria del subdesarrollo sin hundirlas en un modelo neoliberal, productivista, nefasto para el planeta y para toda la humanidad?

PERSPECTIVAS

Como hemos visto, muchos gobiernos, aterrados por el impacto de la crisis, lanzan por la borda sus convicciones neoliberales. Algunos exigen de pronto la supresión de los paraísos fiscales. La mayoría vuelve a descubrir a Keynes y anuncian importantes aumentos del gasto público. El FMI, que reniega de su propia doctrina, reclama ahora intervenciones públicas masivas.

El modelo de capitalismo definido por los estados desarrollados para su mayor provecho es duramente criticado. Sería indecente que esos mismos estados, presentes en el seno del G-20, «refundan» un nuevo sistema económico para preservar, una vez más, sus intereses y su dominación. Es cierto que, en Washington, el 15 de noviembre de 2008, en la Cumbre del G-20, había estados del Sur como China, India, Sudáfrica, Brasil, Argentina y México, cuyos representantes no ocultaron su indignación porque sus países sufren las consecuencias de la mala regulación de la economía estadounidense. Algunos vieron cómo, en dos meses, se perdieron sus esfuerzos para reducir la pobreza.

Esta primera gran Cumbre Internacional (la segunda se realizó en Londres, el 2 de abril de 2009), para intentar detener la grave crisis económica y «refundar el capitalismo», no fue convocada por la Organización de las Naciones Unidas, única instancia internacional legítima para hacerlo, sino por el presidente saliente de Estados Unidos, George W. Bush, que finalizaba su calamitoso doble mandato.

Esto da muestras de la marginalización creciente de la ONU. Sin embargo, su secretario general, Ban Ki-Moon, había propuesto que

se realizara una cumbre del G-8 ampliada, con ese mismo objetivo, en el seno y en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York antes de fines del año 2008. Pero su pedido no tuvo respuesta.

Es una prueba adicional y significativa de los cambios acontecidos durante las últimas décadas para reducir el papel de las Naciones Unidas en materia de «gobernabilidad» planetaria y de la voluntad de reemplazar esta organización por agrupamientos de estados, de legitimidad autoproclamada (sobre todo el G-8), que sin embargo se arrojan el derecho de pilotear el mundo sin ninguna concertación internacional, simplemente en base al derecho de los más fuertes.

Pero la crisis actual, por su extensión e intensidad, es una ocasión de transformar finalmente la arquitectura neoeconómica y geopolítica del mundo. No solamente en palabras, como las que se profieren de manera muy hipócrita cuando ocurre cada crac. «Hemos venido a decir que queremos construir un mundo nuevo, el mundo del siglo XXI —dijo, por ejemplo, Nicolas Sarkozy— cuyo temperamento ultraliberal no es preciso demostrar —en la Cumbre del G-20 en Washington. Esta crisis puede ser una oportunidad si no caemos en las detestables actitudes del pasado, que nos han conducido adonde estamos.» Y no dudó en estigmatizar, a su vez, a los *hedge funds*, los paraísos fiscales y «las instituciones financieras que no responden a ningún control».

La crisis es una gran desgracia, pero, como por efecto de apalancamiento, puede proveer también una ocasión histórica de hacer que nazca un mundo nuevo, un planeta definitivamente prevenido contra otros cracs bursátiles y sus consecuencias sociales. Pero, para ello, el G-20 no es suficiente.

Este tipo de «Cumbre refundadora» sólo tiene sentido si los ciudadanos que se niegan a tomar al neoliberalismo como «horizonte insuperable» tienen representación allí. El potente movimiento social que se ha ido construyendo, desde la creación de ATTAC (1998), la batalla de Seattle (1999) y el lanzamiento del Foro Social Mundial (2001), tiene algo para decir al respecto. Como

principales víctimas de la crisis, los ciudadanos —a través de sus asociaciones, ONG y sindicatos— tienen soluciones que proponer para que el desarme del poder financiero se convierta en una obra cívica central.

El capital y el mercado han repetido durante casi treinta años, que eran ellos, y no la gente, quienes hacían la historia y la felicidad de los hombres. Ahora hay que recordarles que no sólo la economía es mundial: la protección del medio ambiente, la ayuda al desarrollo, la necesidad de justicia social y la preocupación por los derechos humanos también son asuntos mundiales. Y corresponde que sean los ciudadanos del planeta quienes finalmente se hagan cargo de ellos.

Para refundar un nuevo sistema económico, no alcanza con controlar mejor a los bancos, dar un marco a los mercados de los productos derivados, enfrentarse a los paraísos fiscales, controlar las remuneraciones de los *traders*, terminar con las super bonificaciones y los paracaídas dorados, reformar las agencias calificadoras, cambiar las normas contables, regular los fondos especulativos, otorgar menos créditos para la especulación, limitar la titularización, prohibir los *hedge funds* o reactivar la economía por medio del gasto público. Todas medidas, por cierto, deseables.

Pero sobre todo habría que dar un mayor control a los ciudadanos sobre los recursos estratégicos de los estados y sobre las decisiones económicas que conciernen a sus vidas. Habría que crear organizaciones financieras internacionales que prioricen las necesidades de los hombres. Que respeten y defiendan la declaración integral de los derechos humanos, la justicia social y un medio ambiente igualitario. Habría que garantizar empleos decentes y servicios fundamentales gratuitos o subvencionados como la salud, la educación, la cultura, la vivienda, el transporte, el acceso al agua potable y a una energía limpia y renovable.

Así, la economía finalmente será justa y democrática. Y como uno sólo reemplaza eficazmente lo que destruye, la etapa más

salvaje y más irracional del capitalismo neoliberal llegará entonces verdaderamente a su fin.

BIBLIOGRAFÍA

- ATTAC (2000), *Les paradis fiscaux*, París, Mille et une nuits.
- CASSEN, Bernard (ed.) (2008), *En finir avec l'Eurolibéralisme*, París, Mille et une nuits.
- CHANG, Ha-Joon (1996), *El papel del Estado en la economía*, México, Ariel.
- CHESNAIS, François (ed.) (2004), *La finance mondialisée*, París, La Découverte.
- DUMÉNIL, Gérard y LÉVY, Dominique (2000), *Crise et sortie de crise. Ordre et désordres néolibéraux*, París, PUF.
- FORRESTER, Viviane (1996), *L'horreur économique*, París, Fayard.
- GALBRAITH, John Kenneth (2007), *Économie hétérodoxe*, París, LeSeuil.
- GEORGE, Susan (2007), *Otro mundo es posible si...*, Barcelona, Icaria-Intermón Oxfam.
- GEORGE, Susany y WOLF, Martin (2002), *La mondialisation libéral*, París, Grasset.
- GORZ, André (1995), *Capitalismo, socialismo y ecología*, Madrid, Ediciones HOAC.
- HALIMI, Serge (2006), *Le grand bond en arrière*, París, Fayard.
- JAFFRÉ, Philippe y MAUDIT, Laurent (2002), *Les stockoptions*, París, Grasset.
- JORION, Paul (2008), *La crise. Des subprimes au séisme financier planétaire*, París, Fayard.
- KINDLEBERGER, Charles (2004), *Histoire mondial de la spéculation financière*, Hendaya, Valor.

LATOUCHE, Serge (2009), *Pequeño tratado del decrecimiento sereno*, Barcelona, Icaria.

MARIS, Bernard (2003), *Anti-manuel d'économie*, Rosny, Bréal.

MORIN, François (2006), *Le nouveau mur de l'argent: Essai sur la finance globalisée*, París, Le Seuil.

PASSET, René (2000), *L'illusion néolibérale*, París, Fayard.

—, *Une économie de rêve. «La planète folle»*, París, Mille et une nuits.

PLIHON, Dominique (ed.) (2004), *Les désordres de la finance. Crises boursières, corruption, mondialisation*, París, Universalis.

POLANYI, Karl (1989), *La gran transformación*, Madrid, Ediciones de la Piqueta.

QUATREPOINT, Jean-Michel (2008), *La crise globale*, París, Mille et une nuits.

SAPIR, Jacques (2008), *Le nouveau XXI^e siècle. Du siècle américain au retour des nations*, París, Le Seuil.

VIRILIO, Paul (1999), *La bomba informática*, Madrid, Cátedra.

Notas

[1] Alain Minc, en la radio France Inter, el 23 de septiembre de 2008.
Disponible en el sitio www.dailymotion.com. <<

[2] «Le monde en 2009», *Courrier International - The Economist*,
París, diciembre de 2008. <<

[3] Paul Ariès, «Leur récession n'est pas notre croissance...», *La Décroissance*, Lyon, octobre de 2008. <<

[4] *L'humanité*, París, 11 de diciembre de 2008 <<

[5] *El País*, Madrid, 10 de diciembre de 2008. <<

[6] *El País*, Madrid, 30 de noviembre de 2008. <<

[7] Franck Dedieu y Béatrice Mathieu, «Entretien avec Emmanuel Todd», *L'Expansion*, novembre de 2008. <<

[8] Antoine Reverchon, «Entretien avec Immanuel Wallerstein», *Le Monde*, 12 de octubre de 2008. <<

[9] *Alternatives économiques*, Dijon, novembre de 2008. <<

[¹⁰] Comunicado de Europa Press, 9 de octubre de 2008. <<

[¹¹] Entrevista con Eric Chaney, *Les Échos*, Paris, 10 de octubre de 2008. <<

[¹²] *Le Nouvel Observateur*, París, 16 de octubre de 2008. <<

[13] «Systemic Banking Crises: a New Database», Washington, IMF Banking Paper, Fondo Monetario Internacional, septiembre de 2008.

<<

[¹⁴] *Le Nouvel Observateur*, París, 16 de octubre de 2008. 21 <<

[15] La NBER recordó que, según sus criterios, «una recesión es un descenso significativo de la actividad económica que se extiende a través de la economía, durante más que unos pocos meses, que suele ser visible en la producción, el empleo, el ingreso real y otros indicadores». Pero la definición generalmente admitida de una recesión es el encadenamiento de dos trimestres consecutivos de retroceso del producto interior bruto. <<

[16] Comunicado de prensa de la Agence France-Presse (AFP), París, 5 de diciembre de 2008. <<

[¹⁷] *Le Figaro*, París, 12 de noviembre de 2008. <<

[18] *El País*, Madrid, 5 de diciembre de 2008. <<

[19] *Le Monde*, Paris, 8 de noviembre de 2008. <<

[²⁰] *Le Point*, París, 10 de diciembre de 2008. <<

[21] *El País*, Madrid, 15 de octubre de 2008. <<

[²²] *Le Journal du dimanche*, París, 12 de octubre de 2008. <<

[²³] *Le Point*, París, 26 de octubre de 2008. <<

[²⁴] Comunicado de la Agencia Rusa de Información (RIA) Novosti, 1 de diciembre de 2008. <<

[25] Comunicado de la AFP, Buenos Aires, 22 de octubre de 2008. <<

[26] El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en su informe anual de 1998, calculó que 40.000 millones de dólares alcanzarían para erradicar la gran pobreza del mundo. <<

[²⁷] *The Financial Times*, Londres, 23 de septiembre de 2008. <<

[1] Como parte del mismo proceso, en Argentina se produce el golpe militar de marzo de 1976 y el acceso al poder del general Videla. <<

[2] Más exactamente el «Premio del Banco de Suecia en Ciencias Económicas en memoria a Alfred Nobel», generalmente llamado «Premio Nobel de Economía» y que cada año concede la Fundación Nobel desde 1969, pero que no fue creado en el testamento de Alfred Nobel. <<

[3] Todas las citas de Milton Friedman están tomadas de *Capitalisme et liberté*, París, Robert Laffont, 2006 [trad. esp.: *Capitalismo y libertad*, Madrid, Rialp, 1966]. <<

[4] Véase Naomi Klein, *La stratégie du choc. La montée du capitalisme du désastre*, Arles, Leméac/Actes Sud, 2008 [trad. esp.: *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Barcelona, Paidós, 2007]. <<

[5] Luego de este encuentro, Milton Friedman, de regreso a Chicago, envía una larga carta al general Pinochet, fechada el 21 de abril de 1975, en la que describe el «programa de *shock*» que las autoridades chilenas deben implementar para reducir la inflación y liberalizar la economía. Esta carta está reproducida en la autobiografía de Milton y Rose Friedman, *Two Lucky People*, Chicago, The University of Chicago Press, 1998. <<

[6] «Chile es el único país en el mundo que condujo la experiencia de la privatización completa de las jubilaciones durante un período de más de un cuarto de siglo. En este sentido, es un caso de laboratorio. Inspirada directamente de las teorías de Milton Friedman e impuesta de manera autoritaria por el general Pinochet, la reforma fue puesta en funcionamiento ya desde 1980, sin consultar al Parlamento o a la oposición [...]. El 30 de octubre de 2008, la dirección de jubilaciones de Chile hacía públicas las cifras de las pérdidas sufridas por los fondos de pensiones [...]. Más de la mitad de los beneficiarios fueron afectados». Manuel Riesco, «Séisme sur les retraites en Argentine et au Chili», *Le Monde Diplomatique*, París, diciembre de 2008. <<

[7] *El Mercurio*, Santiago de Chile, 12 de abril de 1981. <<

[8] Friedrich von Hayek, *La route de la servitude*, París, PUF, 2002
[trad. esp.: *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza, 1973]. <<

[9] Bernard Dorval, «Hayek et Pinochet. Ultralibéralisme et terreur politique», 16 de septembre de 2003. Disponible en el sitio quebequense www.altematives.ca. <<

[10] B. Dorval, «Hayek y Pinochet...», *op. cit.* Véase también la reseña del libro de Naomi Klein escrita por Bernard Gensane en el sitio www.legrandsoir.info. <<

[¹¹] Dany-Robert Dufour, *Le Divin Marché. La révolution culturelle libérale*, Paris, Denoël, 2007. <<

[12] Ricardo Petrella, «Changer le monde, c'est possible!», *Le Monde Diplomatique*, Paris, agosto de 2005. <<

[13] Véase Ignacio Ramonet, *Propagandes silencieuses. Masses, télévision, cinéma*, Paris, Galilée, 2000. <<

[¹⁴] John Perkins, *Les confessions d'un assassin financier*, Quebec, Alterre, Outremont, 2005, p. 253 [trad. esp.: *Confesiones de un gángster económico*, Barcelona, Tendencias, 2005]. <<

[15] Francis Fukuyama, *La fin de l'histoire et le dernier homme*, París, Flammarion, 1993 [trad. esp.: *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992]. <<

[16] Véase Ignacio Ramonet, «El pensamiento único», *Le Monde Diplomatique*, enero de 1995. <<

[17] John Perkins, *Les confessions d'un assassin financier*, *op. cit.*, p. 11. <<

[18] Todo plan de ajuste estructural elaborado por el FMI se compone de elementos constantes: devaluación de la moneda nacional, reducción del presupuesto público, despidos masivos de funcionarios, aumento de las tasas de interés, bloqueo de los salarios, restricción del crédito, eliminación de las subvenciones, incluidos los productos alimenticios, aumento de las tarifas fijas por parte de las empresas estatales de energía, agua y telefonía; refuerzo de las exportaciones y privatización de las empresas del sector público. <<

[19] «L'État du Monde», *Courrier International - The Economist*, Paris, décembre de 2008. <<

[20] En febrero de 1989, para protestar contra el lanzamiento de un programa de reformas ultraliberales impuestas por el FMI y aceptadas por Carlos Andrés Pérez, la población de las grandes ciudades de Venezuela se rebeló. Son las peores protestas de la historia del país. La represión dejará más de 2.000 muertos. <<

[21] Citado por Bernard Gensane, el 8 de octubre de 2008, en su blog: blogbernardgensane.blogs.nouvelobs.com. <<

[22] Jorge Beinstein, «L'Argentine, entre dette et pillage. Une économie à genoux», *Le Monde Diplomatique*, julio de 2001. <<

[²³] *Le Monde*, París, 19 de noviembre de 2008. <<

[*] Strauss-Kahn renunció al cargo el 18 de mayo de 2011 tras una denuncia por agresión sexual interpuesta por una camarera del hotel Sofitel de Nueva York. Christine Lagarde es, desde el 5 de julio 2011, la actual directora del Fondo Monetario Internacional. (*N. del Ed. digital*). <<

[²⁴] Joseph E. Stiglitz, *La Grande Désillusion*, Paris, Fayard, 2002. <<

[25] *El País*, Madrid, 16 de noviembre de 2008. <<

[1] «Mecanismo financiero que permite aumentar la rentabilidad financiera de una empresa aumentando su deuda». Pierre Bezbakh y Sophie Gherardi (eds.), *Dictionnaire de l'économie*, París, Larousse-Le Monde, 2000. <<

[2] *La Tribune*, París, 9 de octubre de 2008. <<

[3] Jean-Michel Quatrepoint, *La crisis global*, París, Mille et une nuits, 2008. <<

[4] David S. Landes, *L'Europe technicienne*, Paris, Gallimard, 1975, p. 214. <<

[5] En 2007, el número de usuarios en el mundo era de 1,25 billones.

<<

[6] Según la asociación de operadores GSM, el número de usuarios de teléfonos celulares con tecnología GSM había superado la línea de los 3.000 millones en agosto de 1998. <<

[7] Frédéric Lordon, *Jusqu' à quand? Pour en finir avec les crises financières*, Paris, Raison d'agir, 2005. <<

[8] Este sistema de opciones de compra de acciones permite a ejecutivos y a veces a empleados de una empresa comprar acciones de ésta en una fecha y a un precio fijados de antemano. El objetivo es incitar a los ejecutivos a actuar para hacer que suba la cotización de las acciones de una empresa. Lo cual permitió a algunos ejecutivos, en algunos casos, obtener grandes ganancias con una reventa rápida. <<

[9] Según la FEVAD (Federación de E-commerce y Venta A Distancia), en el tercer trimestre de 2007, 19,5 millones de internautas, es decir, alrededor de cuatro de cada diez franceses, declaraban que ya habían efectuado una compra en línea. Con una progresión del 21% en un año, el crecimiento del *e-commerce* era más de dos veces superior al crecimiento de la población internauta (datos de Mediametrie/NetRatings/FEVAD, Barómetro trimestral 2007). <<

[¹⁰] *Business Week*, Nueva York, 14 de febrero de 2000. <<

[¹¹] *Le Monde*, París, 12 de marzo de 2000. <<

[12] La quiebra de Enron, resultado de manipulaciones contables, conllevó el despido de 5.600 personas e hizo que se evaporaran 68.000 millones de dólares de capitalización. <<

[13] Peter C. Fusato y Ross M. Miller, *Enron, les vrais raisons d'une chute*, París, S.B., Com, 2003. <<

[14] Serge Halimi, «Enron, symbole d'un systeme», *Le Monde Diplomatique*, París, 8 de marzo de 2002. Disponible en monde-diplomatique.fr. <<

[15] S. Halimi, «Enron, symbole d'un monde», *op. cit.* <<

[16] Jacques Dufresne, «Le scandale d'Enron», disponible en agora.qc.ca. <<

[17] Véase, al respecto, Pierre Bauchet, *Concentration des multinacionales et mutation de l'État*, París, CNRS, 2003. <<

[18] *El País*, Madrid, 30 de noviembre de 2008. <<

[¹⁹] *Le Nouvel Observateur*, París, 16 de octubre de 2008. <<

[20] Damián Millet y Éric Toussaint, «Obama choisit ceux qui ont échoué», Observatoire International de la Dette, 5 de diciembre de 2008. www.oidido.org. <<

[21] Que se podrían traducir, respectivamente, como: «capital no cotizado en Bolsa» y «adquisición mediante préstamo» o «nueva compra por apalancamiento». <<

[22] Véase Sandrine Trouvelot y Philippe Éliakim, «Les fonds d'investissement, nouveaux maitres du capitalisme mondial», *Capital*, París, julio de 2007. <<

[23] Véase Philippe Boulet-Gercourt, «Le retour des rapaces», *Le Nouvel Observateur*, París, 19 de julio de 2007. <<

[24] Véase S. Trouvelot y Philippe Éliakim, «Les fonds d'investissement, nouveaux maitres du capitalisme mundial», *op. cit.*

<<

[25] Véase el *dossier* «L'argent sale de la grande crise», *Marianne*, París, 25 de octubre de 2008. <<

[26] *La Tribune* París 9 de octubre de 2008. <<

[27] Véase Ignacio Ramonet, «Krach 2008?», *Le Monde Diplomatique*, París, marzo de 2008. <<

[28] *Le Nouvel Observateur*, París, 13 de diciembre de 2007. <<

[29] Véase *Crises financières à répétition: quelles explications? Quelles réponses?*, París, Fondation Res Publica, 2008. <<

[30] Véase André-Jean Locussol Mascardi, *Krach 2007. La vague scélérate des «subprimes»*, París, Le Manuscrit, 2007. <<

[31] El inventor de la titularización es Lewis Ranieri. A fines de la década de 1970, mientras dirigía, en Salomon Brothers, el servicio de corredores se le ocurrió la idea de transformar préstamos hipotecados inmobiliarios en activos financieros que se compran y se venden como otros. Esta titularización generó un mercado de derivados del crédito que dio nacimiento a las obligaciones respaldadas en deudas los famosos productos financieros que desencadenaron el crac actual. Pequeño consuelo: el banco fundado por Lewis Ranieri en Houston (Texas) acaba de quebrar. Véase *Le Monde*, París, 18 de noviembre de 2008. <<

[32] www.apprendrelabourse.org. <<

[³³] *Le Nouvel Observateur*, Paris, 16 de octubre de 2008. <<

[34] *Ídem.* <<

[35] Véase Emmanuel Lévy y Marc Perelman, «Pendant la crise... les rapaces volent encore», *Marianne*, París, 11 de octubre de 2007. <<

[36] Andrew Ross Sorkin, «From whispers to coup de grace», *International Herald Tribune*, 19 de marzo de 2008. <<

[37] *El País*, Madrid, 7 de diciembre de 2008. <<

[38] *Le Monde*, París, 25 de octubre de 2008. <<

[39] Véase Hervé de Carmoy, «Les véritables chiffres de la crise financière», *Les Échos*, Paris, 3 de octubre de 2008. <<

[⁴⁰] *El País*, Madrid, 4 de diciembre de 2008. <<

[⁴¹] Nouriel Roubini, «Chance of a Recession Large and Rising», *RGE Monitor*, 27 de julio de 2006. <<

[42] Comunicado de la agencia AFP, 9 de octubre de 2008. <<

[⁴³] *La Tribune*, París, 9 de octubre de 2008. <<

[⁴⁴] Véase el *dossier* «L'argent sale de la grande clise», *Marianne*, París, 25 de octubre de 2008. Véase también Emmanuel Lévy, Hervé Nathan y Marc Perelman, «Des gains démentiels», *Marianne*, París, 4 de octubre de 2008. <<

[45] *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, Frankfurt, 27 de noviembre de 2008. <<

[46] Comunicado de la AFP, 13 de octubre de 2008. <<

[47] Según la expresión del periodista neoyorkino Arun Gupta, del diario alternativo *The Independent* (comunicado de la AFP, Nueva York, 26 de septiembre de 2008). <<

[1] Véase el capítulo IV de la *Agenda 21*, plan de acción para el siglo XXI, adoptada por los 173 jefes de Estado y de gobierno presentes en la Cumbre de la Tierra de Río, junio de 1992. <<

[2] Véase Edouard Golsmith, *El tao de la ecología*, Barcelona, Icaria, 1999. <<

[3] Véase el *dossier* «Environnement et développement. Le défi du XXI^e siècle», *Alternatives économiques*, julio-agosto de 2002. <<

[4] Véase *La situación del mundo*, 2002, Barcelona, Icaria, 2002. También se puede consultar el sitio oficial de la ONU sobre la cumbre de Johannesburgo: www.un.org. <<

[5] *Halte à la croissance? Rapports sur les limites de la croissance*,
París, Fayard, 1972. <<

[6] Madrid, Alianza, 1988. <<

[7] Véase el informe especial «Business of Green», *International Herald Tribune*, 4 de junio de 2007. <<

[8] Véase *Le Monde*, 7 de julio de 2007. <<

[9] Estos asaltos de sobrevivencia hicieron que los asaltantes descubrieran la gran piratería, una actividad mucho más lucrativa que el trabajo de la tierra o el tráfico minorista en los barrios deteriorados u olvidados. <<

[¹⁰] *Capital*, París, marzo de 2006. <<

[11] Blandine Flipo, «La crise vue du Sud. Le pire está venir», *Témoignage chrétien*, París, 23 de octubre de 2008. <<

[12] Pierre Ruscassie, «Quelle politique sociale pour la gauche?», *Démocratie et Socialisme*, 15 de agosto de 2005. Véase www.Democratie-socialisme.org. <<

[*] Personas que cobran en Francia el RMI, *Revenu Minimum d'Insertion* («Sueldo Mínimo de Inserción»). [N. de la T.] <<

[13] Véase Pierre Bourdieu, «l'essence du néolibéralisme», *Le Monde Diplomatique*, marzo de 1998. Véase también, del mismo autor: «Le néolibéralisme, utopie (en voie de réalisation) d'une exploitation sans limites», *Contrefeux*, París, Liber-Raison d'Agir, 1998. <<

[14] www.ilo.org/. <<

[15] Véase el texto integral del informe, *La sécurité en chiffres. Indications pour une culture mondiale de la sécurité au travail* Organización Internacional del Trabajo, Ginebra, 28 de abril de 2003.

<<

[16] *Les Échos*, 7 de noviembre de 2002. <<

[17] «Les accidents de travail. L'impôt dusang. 19 décembre 1906»,
La guerre sociale. Un journal «contre», Paris, Les nuits rouges,
1999. <<

[18] *Libération*, 21 de mayo de 2003. <<

[1] *Le Monde*, París, 7 de diciembre de 2008. <<

[2] *El País*, Madrid, 11 de octubre de 2008. <<

[3] Paul Kennedy, *Naissance et déclin des grandes puissances*, Paris, Payot, 1989 [trad. esp.: *Auge y caída de las grandes potencias*, Madrid, Globus Comunicación, 1994]. <<

[4] *Challenges*, París, 13 de noviembre de 2008. <<

[5] *Le Monde*, París, 29 de octubre de 2.008. <<

[6] *Le Monde*, París, 8 de noviembre de 2008. <<

[7] *Gramma*, La Habana, 14 de noviembre de 2008. <<

[8] El ingreso anual medio por habitante alcanzada, en 2006, los 1.032 euros (Francia: 24.072 euros). <<

[9] *Der Spiegel*, Hamburgo, abril de 2005. <<